

UNIVERSIDAD CATÓLICA ANDRÉS BELLO
FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN
ESCUELA DE COMUNICACIÓN SOCIAL
MENCION PERIODISMO
TRABAJO DE GRADO

A VALERO LO MATÓ LA VIDA
Semblanza póstuma de Edwin “El Inca” Valero

QUIROZ BARRIOS, Rosángel

Tutor:

GUERRA, Cristóbal

Caracas, mayo 2014

Formato G:

Planilla de evaluación

Fecha: _____

Escuela de Comunicación Social

Universidad Católica Andrés Bello

En nuestro carácter de Jurado Examinador del Trabajo de Grado titulado:

dejamos constancia de que una vez revisado y sometido éste a presentación y evaluación, se le otorga la siguiente calificación:

Calificación Final: En números _____ En letras: _____

Observaciones _____

Nombre:

Presidente del Jurado

Tutor

Jurado

Firma:

Presidente del Jurado

Tutor

Jurado

Para mis padres, el ejemplo más puro de superación y amor incondicional. Son el motor de mi existencia, los amo con todo mi corazón.

Para mis hermanos, Miguel y Mariángel, mi brújula y mi fuente de inspiración.

Para mis ángeles, quienes desde el cielo celebran mis triunfos.

Para mi país, Venezuela. Aún vale la pena luchar.

AGRADECIMIENTOS

A Dios, por cuidar mis pasos desde el momento en que nací y por llenarme de fuerzas cada vez que me siento derrotada.

A mis padres Rosa y Ángel, por regalarme amor, comprensión y los valores más hermosos que una hija pueda recibir. Gracias por ser los seres más incondicionales de mi vida, por creer y confiar en mí. Simplemente, gracias por ser los mejores padres del mundo.

A Daniel Vetencourt por ser mi asistente “subpagado” durante todo este proceso. Gracias por ayudarme hasta el final y ser tan comprensivo.

A mi admirado tutor, Cristóbal Guerra. Aún me llena de orgullo decir que usted me acompañó a lo largo de este arduo trabajo.

A la profesora Aimée Juhazs por ser la luz que me iluminó al final del túnel.

A Lorena Arráiz, la mejor madrina. Gracias por escucharme y orientarme cuando me sentí perdida.

A Juan Francisco Arias, quien se convirtió en mi guía del boxeo, mundo desconocido para mí.

A mi profe querido, Jesús Fernández, quien me enseñó a amar el periodismo desde que era una niña.

A mis familiares y amigos, quienes de alguna u otra manera ayudaron a que este proyecto se hiciera realidad. Especialmente, Astrid, Rosiry, Paola y Andrea. Gracias por estar allí.

A la familia Estrada González por abrirme puertas de su hogar y recibirme como una hija más. Recuerden que desde el cielo un ángel protege nuestro camino.

A los que me ayudaron con una palabra, un gesto, una idea.

A todos los que forman parte de mi vida, millones de gracias.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	6
EL MÉTODO	8
1.1 Presentación de la investigación	8
1.1.1 Delimitación	10
1.1.2 Justificación	11
1.2 Objetivo general	12
1.2.1 Objetivos específicos	12
1.3 Tipo de investigación	12
1.4 Realización de la semblanza	13
1.4.1 Documentación	13
1.4.1.1 Elaboración de las entrevistas.....	14
1.4.1.2 Fuentes vivas.....	14
1.4.1.3 Análisis de las entrevistas	16
1.4.1.4 Estructura de la semblanza	17
1.4.1.5 Logros	17
1.4.1.6 Limitaciones	18
CAPÍTULO I. LA PELEA CON LA INFANCIA	19
CAPÍTULO II. LA PELEA QUE NUNCA SE DIO	40
CAPÍTULO III. LA PELEA CON LA MUERTE	57
BIBLIOGRAFÍA	79
ANEXOS	82

INTRODUCCIÓN

“Edwin Valero ha sido el mejor boxeador venezolano”...“El Inca’ era un drogadicto y un asesino”...“Valero pudo ganarle a Pacquiao por nocaut, fácilmente”...“Edwin era un loco. Se enfrentaba a contrincantes de poca monta.”¹

Con frecuencia se escuchan diversos comentarios sobre Edwin Antonio Valero Vivas, quien desde niño supo que debía buscar la manera de salir de abajo, y en su adolescencia encontró el camino que lo llevaría al éxito: el boxeo.

Pobreza, fama, alcohol y drogas. Valero se caracterizó por tener una vida personal polémica y por una impecable actuación deportiva, trayectoria que le otorgó 27 victorias en el cuadrilátero y ninguna derrota, y al mismo tiempo, una vida personal que le regaló fracasos a lo largo de sus 29 años.

Desde que Edwin Valero lloró por primera vez, el 3 de diciembre de 1981, su vida estuvo marcada por la necesidad. No tuvo una infancia como la de cualquier otro niño, pero a los 12 años de edad encontró en el ring una meta que cumplió hasta el final de sus días: ser un atleta reconocido y tener, en su adultez, lo que nunca obtuvo en su niñez.

Valero vivió aceleradamente desde sus primeros años de vida. Trabajó cuando aún debía estar jugando con otros niños y formó una relación sentimental con Jennifer Carolina Vieira cuando todavía debía estar en el liceo. Ella fue la acompañante inseparable de Edwin durante toda su carrera, pero al final fue la víctima principal del boxeador cuando su vida tomó otro camino, uno lleno de errores, delitos y vicios: un combate en el que no pudo salir vencedor.

El deporte de los puños tiene gran aceptación dentro de la población venezolana, a pesar de que no es el más seguido del país. Deportistas como Francisco “Morochito” Rodríguez le han dado a Venezuela valiosos premios dentro de esta disciplina, incluyendo una medalla de oro en los Juegos Olímpicos de México 1968. Por lo que representó para el país su desarrollo deportivo y su polémica vida fuera del ring, la vida y la muerte de uno de los más destacados

¹ Comentarios frecuentes sobre Edwin Valero.

dentro del cuadrilátero venezolano y mundial son plasmadas en la siguiente investigación.

Este trabajo tiene como propósito dar a conocer, con mayor profundidad, la historia del pugilista merideño, y así plasmar aspectos de su vida que no han sido recogidos por la prensa nacional e internacional, periodistas o escritores. Igualmente, se indaga en la historia del boxeador para determinar las causas por las cuales la vida de una potencia del deporte venezolano terminó en tragedia.

El desarrollo de la investigación se plasma en una semblanza, la cual estará dividida de la siguiente manera: en el primer capítulo, *La pelea con la infancia*, se contará la niñez de Edwin Valero, cómo fue la convivencia con sus familiares y amigos y qué lo motivó a dar los primeros pasos en el boxeo venezolano.

El desempeño deportivo, los logros y fracasos dentro del ring se relatarán en el segundo capítulo: *La pelea que nunca se dio*. Se conocerá cómo se convirtió en el boxeador más importante del país en la última década y cuál era el combate soñado para Valero y sus fanáticos.

En el tercer capítulo, *La pelea con la muerte*, continuará la historia personal de Edwin que se inicia en la primera parte, se expondrán los aspectos más polémicos del boxeador y, finalmente, los factores que lo llevaron a su muerte.

Actualmente, la memoria de Edwin Valero está presente en cada combate. Venezolanos y foráneos lo imaginan peleando con los mejores boxeadores del mundo. Su manera de enfrentar al oponente aún está presente en el pensamiento de los amantes de este deporte, y de los que alguna vez creyeron que “El Inca” era el mejor boxeador de Venezuela y Latinoamérica.

EL MÉTODO

1.1 Presentación de la investigación

El presente trabajo de grado plantea la historia de uno de los boxeadores venezolanos más importantes, Edwin “El Inca” Valero. Se explora en profundidad su trayectoria personal y deportiva hasta el día de su muerte en el año 2010. Para esto, se escogió como método la semblanza, debido a que, según el libro *Escribir en Prensa* de Benavides y Quintero (2004) es “un reportaje interpretativo acerca de una persona real con un tema de interés humano, cuyo objetivo es: ‘resaltar la individualidad de una persona y/o colocarla en un marco general de valor simbólico social’”. (p. 179).

En este caso, se pretenden resaltar varios méritos de Valero por ser uno de los mejores boxeadores que ha tenido el país en las últimas décadas, y por tener una vida personal notoria en la sociedad venezolana. La investigación no se centra en un aspecto específico de su vida como, por ejemplo, el asesinato de su esposa. Si bien toca el tema por ser parte fundamental de esta, no se realiza una investigación específica y delimitada, sino un perfil de toda su trayectoria personal y deportiva. Es por esto que la semblanza es el género más adecuado para realizar el presente trabajo de grado.

El periodismo de investigación se enmarca dentro de la modalidad dos del *Manual del Tesista de Comunicación Social de la Universidad Católica Andrés Bello* ([Ucab], 2003). Este la define como “una indagación in extenso que conduce a la interpretación de fenómenos ya ocurridos o en pleno desarrollo utilizando métodos periodísticos. Sus características dependerán del tema, enfoque y género elegidos” (p.18).

A su vez, la semblanza se encuentra en la submodalidad tres, la cual presenta las características necesarias para el desarrollo de esta investigación. “Se trata una exploración profunda de la vida, pensamiento y contexto histórico-social de un personaje relevante en la vida nacional a través de conversaciones y revisión de fuentes documentales y vivas la cual permite ofrecer de él una visión integral”. (p.22)

Gracias a su desempeño dentro del cuadrilátero, Edwin Valero es un personaje importante para los amantes del boxeo. En su carrera profesional, consiguió el record de 18 victorias consecutivas por nocauts en el primer round, y ganó 27 peleas sin ninguna derrota. Igualmente, para la sociedad venezolana, Valero es de interés por lo polémica que fue su vida, incluyendo problemas legales, la amistad con el expresidente Hugo Chávez Frías, y la adicción al alcohol y a las drogas.

Edwin Valero falleció el 19 de abril de 2010, por lo que la semblanza presentada en el trabajo de grado es de tipo obituario, y Benavides y Quintero (2004), afirman que el obituario es “una semblanza póstuma con la que se recuerda y homenaja a alguien que en vida acumuló especiales méritos”. (p.188).

“El Inca” aportó grandes victorias al boxeo venezolano. Luego de varios años despertó nuevamente el interés de los fanáticos del cuadrilátero, y de muchos extranjeros que admiraban la manera de pelear del merideño. Luego de su muerte, aún se compara la técnica de Valero con otros pugilistas, y para muchas personas es considerado el mejor boxeador venezolano.

Benavides y Quintero (1997) plantean que una semblanza debe presentar ciertas características para que sea considerada como tal:

Anécdotas y vivencias de la persona; información biográfica del sujeto; descripciones de su casa o lugar de trabajo; el testimonio de fuentes cercanas al sujeto, como familiares, amigos colegas, empleados o acompañantes de viaje; entrevistas con críticos o enemigos; un tema: ya sea una interpretación profunda o aguda del personaje y/o una interpretación de valor simbólico-social. (1997, p.165)

Para lograr esto, los autores afirman que es necesario emplear los mismos recursos de los que haría uso el escritor de ficción: descripción, diálogo y narración.

Las herramientas mencionadas anteriormente son las que se utilizaron en la historia que a continuación se muestra. Se describen personas y lugares importantes en la vida de Edwin Valero, así como también se narran momentos significativos que influyeron en su desarrollo. Esto, gracias a las fuentes vivas, bibliográficas y a la

información recopilada en la prensa nacional, libros, entre otros. De esta manera el lector podrá imaginar cada una de las etapas del personaje, viajar en el tiempo y conocer la vida de un venezolano con altos y bajos.

Así como es de suma importancia la información y datos otorgados por los entrevistados, “a ellos se le añade testimonios ajenos y el material que se haya obtenido de las fuentes disponibles, hasta formar una especie de mosaico, en el que unas piezas encajan dentro de otras en hábil ensamblaje” (Cantavella, 1996, p.38).

Mientras que, Ronderos et al (2002) afirman que lo importante en la semblanza es que el lector conozca “el carácter, las costumbres, y las circunstancias que forjaron su personalidad o las que condujeron a convertirse en celebridad” (p. 208). Es por esto que el lector conocerá en cual contexto nació, creció y se desarrolló Edwin Valero, y así podrá sacar algunas conclusiones en cuanto a su personalidad polémica.

1.1.1 Delimitación

La semblanza sobre Edwin “El Inca” Valero abarca los aspectos más importantes de su vida, desde su nacimiento el 3 de diciembre de 1981, hasta el día de su muerte el 19 de abril de 2010.

La investigación se limita al estado Mérida, donde el deportista nació, tiene gran cantidad de familiares, amigos, y donde reposan sus restos. Igualmente, Caracas tiene gran importancia, debido a que en la ciudad capital se encuentran entrenadores, contrincantes y personas que de una u otra manera influyeron en el desarrollo deportivo y personal de Valero. Los hechos violentos que giraron en torno a la muerte de “El Inca” ocurrieron en el estado Carabobo, por consiguiente, esta entidad también tuvo especial importancia dentro de la historia.

1.1.2 Justificación

El tema para realizar la tesis de grado se escogió dada la importancia que tiene el boxeo para gran parte de la población venezolana. En este caso, dar a conocer los aspectos de la vida de uno de los venezolanos más significativos en el deporte del cuadrilátero en la última década. Aspectos que pudieron influir en el desenlace trágico de su vida.

La trayectoria de Edwin Valero no ha sido plasmada completamente en un texto periodístico. Existen ejemplares que si bien narran una parte de la historia del boxeador, no tocan temas influyentes dentro de su vida, y un personaje con las características de Valero tiene méritos para ser abordado en una semblanza tipo obituario, y de esta manera tratar de abarcar todas sus etapas.

Benavides y Quintero (2004) plantean lo siguiente con respecto a esa afirmación:

Un buen sujeto de una semblanza es una persona de la que se puede contar una historia interesante. El tema debe ser relevante, el diálogo agudo y el desarrollo entretenido. Hellen Benedict distingue cinco razones por las cuales los periodistas pueden escoger a los sujetos de una semblanza: fama, logros, dramatización, estilos de vida insólitos y símbolo. (p.193)

La vida de Edwin Valero estuvo llena de tragedia y drama, debido a la pobreza, la adicción a las drogas y el alcohol, la relación con su esposa, los delitos cometidos, entre otros aspectos. Los logros obtenidos gracias a su desempeño en el deporte de los puños llenaron su trayectoria de fama y reconocimiento en el país, y en el mundo entero.

1.2 Objetivo general

Elaborar una semblanza póstuma de Edwin “El Inca” Valero, en la que se resalten los aspectos más importantes de su vida personal y carrera deportiva.

1.2.1 Objetivos específicos

- Mostrar los aspectos personales más importantes de Edwin Valero.
- Describir la trayectoria deportiva de Edwin Valero, desde sus inicios hasta el final de su carrera.

1.3 Tipo de investigación

La investigación que se realiza a continuación es exploratoria. Arias F. (1999) indica que la investigación exploratoria “es aquella que se efectúa sobre un tema u objeto poco conocido u estudiado, por lo que sus resultados constituyen una visión aproximada de dicho objeto”.

A pesar de que existe información en la prensa nacional e internacional sobre los logros deportivos y hechos violentos de los que fue protagonista, incluyendo su muerte, hay poca información sobre la vida de Edwin Valero, la relación con su familia, con el gobierno nacional del presidente Hugo Chávez, y su adicción a las drogas y al alcohol.

De acuerdo al diseño de la investigación, esta tiene una clasificación, y *El Manual del Tesista* [(Ucab, 2003)] las clasifica en:

- Experimental
- No experimental
- Cuasiexperimental
- Preexperimental

La investigación no experimental la define El Manual del Tesista [(Ucab, 2003)] como:

Un diseño en el que no se ejerce control ni manipulación alguna sobre las variables de estudio, sino que se observa de manera no intrusiva el desarrollo de las situaciones y en virtud a un análisis cuidadoso se intenta extraer explicaciones de cierta validez (...) Los instrumentos de investigación en que se apoya son la observación directa, la entrevista y la revisión de archivos.

La semblanza realizada a continuación, se sustenta en documentos hemerográficos, entrevistas a personajes fundamentales en la vida del individuo y en la observación, imprescindible en la investigación, pues permite que el lector imagine detalladamente los acontecimientos que envolvieron a Edwin Valero.

1.4 Realización de la semblanza

1.4.1 Documentación

Para realizar el presente trabajo de grado, en primer lugar se procedió a buscar información documental sobre el personaje en la prensa nacional, páginas webs, estadísticas deportivas, entre otras. Esta documentación inicial sirvió para conocer las primeras fuentes vivas y crear una referencia que permitió iniciar la investigación.

Algunas fuentes consultadas dieron acceso a información documental privada: recortes de prensa, fotografías inéditas, documentos legales, y otros aportes que igualmente sirvieron para realizar la historia del personaje, así como conocer otras fuentes que pudieran aportar información valiosa al trabajo de grado.

La mayoría de los recortes de prensa consultados fueron de los diarios Pico Bolívar, El Vigía, Frontera, pertenecientes a la región andina venezolana. Igualmente, se examinaron artículos de los diarios Líder, El Universal, El Nacional, Meridiano, entre otros. Asimismo, se consultó material audiovisual, como por ejemplo, los videos de los combates del boxeador.

1.4.1.1 Elaboración de las entrevistas

Con la recopilación de la información investigada, se procedió a realizar las entrevistas de acuerdo al personaje a consultar. Cada fuente ocupó un papel importante dentro de la vida del personaje, por lo que las preguntas fueron creadas minuciosamente, para así, tratar de obtener la mejor información posible de cada entrevistado.

Un cuestionario bien elaborado y revisado varias veces por usted y algún compañero de trabajo, garantiza el control de la entrevista (...)
Un cuestionario asegura que se acordará de todos los puntos que quiere tocar, facilita el mantener el curso correcto de la entrevista y demuestra a la persona a quien se entrevista que usted ha dedicado tiempo y esfuerzo para preparar el tema. (Reyes, 1999, p.127)

El tiempo y la disponibilidad de la fuente es un factor en contra del entrevistador, por eso, el cuestionario debe incluir solo las preguntas necesarias para cada entrevistado, y de esta manera aprovechar al máximo los minutos de la entrevista.

Las preguntas para cada entrevistado, en este caso familiares y amigos del personaje; entrenadores y apoderados, además de periodistas deportivos, fueron revisadas para luego ser aprobadas por los profesores de la Ucab: Pablo Ramírez, Rosa Bahamonde y Vanessa Peña. Los tres catedráticos realizaron recomendaciones importantes para la elaboración de los cuestionarios y aportaron ideas para el momento de realizar las entrevistas.

1.4.1.2 Fuentes vivas

Benavides y Quintero (2004) indican sobre las fuentes vivas o humanas, lo siguiente:

Son el principal recurso del periodista. En cada hecho noticioso hay siempre una gran variedad de individuos que pueden ofrecer detalles sobre los acontecimientos. Lo importante entonces es que quieran

darlos. Por ello, una de las principales preocupaciones del reportero es saber encontrar a estas personas y establecer la relación que le permite sacar al máximo provecho de ellas. (p.83)

Cabe destacar que las primeras fuentes consultadas dieron valiosa información que sirvió para conocer y conseguir otros personajes de suma importancia para la investigación.

Las siguientes tablas presentan a las fuentes necesarias para la elaboración de la tesis de grado.

Fuentes familiares	Relación
Edward Valero	Hermano
Luis Valero	Hermano
Eloísa Vivas	Madre
Zaira Moreno	Hermana
Yineth Valero	Hermana
Luris Briceño de Valero	Cuñada
Domingo Valero	Padre (no se pudo entrevistar)
Fuentes relacionadas al boxeo	Relación
Oscar Ortega	Primer entrenador de Valero
Liborio Solís	Boxeador profesional
Jorge Zerpa	Entrenador de Valero
Ogleidys Suárez	Boxeadora profesional (no se pudo entrevistar)
Franklin “Murciélago” Gómez	Asistente de Jorge Zerpa
Johan Pérez	Boxeador profesional
Gilberto Mendoza	Presidente de la Asociación Mundial de Boxeo
Rafael Morón	Promotor de boxeo
Joaquín Muñoz	Expresidente de la Asociación de Boxeo núcleo Mérida
Ramón Cotúa	Primer apoderado de Edwin Valero
Reyes Arráiz	Entrenador de boxeo

Enrique “Kiki” Rojas	Excampeón mundial de boxeo
Fernando Ángulo	Exboxeador profesional
Manuel Sayago	Entrenador de Valero
Manuel Rojas	Exboxeador profesional
Gustavo Vivas	Fanático de boxeo y habitante de El Vigía

Fuentes periodísticas	Relación
Juan F. Arias	Periodista deportivo, especialista en boxeo
Hilmar Rojas	Jefa de prensa de la AMB y amiga personal de Valero
Kelvy Pirela	Jefe de prensa de Meridiano TV
José Gregorio Guillot	Periodista deportivo, especialista en boxeo
José Visconti	Periodista deportivo
Alexis Rosas	Autor de “La tragedia del Inca Valero”
Javier Mayorca	Periodista de sucesos
Diógenes Carrillo	Periodista deportivo, especialista en boxeo y amigo de Valero

1.4.1.3 Análisis de las entrevistas

Luego de conversar con cada una de las fuentes, se procedió a escuchar y transcribir una a una las entrevistas, para así, ir creando la historia y plasmarla en la semblanza. Se analizó el contexto y las anécdotas contadas por los personajes. Igualmente, se observaron detenidamente las características de cada entrevistado, así como el lugar y la manera que describía los hechos.

En varias oportunidades, los testimonios de las fuentes dieron pie para realizar preguntas que no estaban planteadas en las entrevistas, así como para describir en la semblanza momentos, lugares y personajes influyentes en la vida de “El Inca” Valero.

1.4.1.4 Estructura de la semblanza

La semblanza está estructurada en tres capítulos y de manera circular, es decir, el tercer capítulo comienza donde termina el primero, mientras que el segundo es completamente independiente.

La historia salta en el tiempo, debido a que se presentan recursos periodísticos como el *flash forward* y *flash back*. Los capítulos están diseñados de la siguiente manera:

- Primer capítulo: *La pelea con la infancia*

Edwin Valero nace en condiciones precarias. En esta primera parte se cuenta la infancia trabajadora de Edwin, como desde los 12 años vivió en situación de calle, ayudado por Oscar Ortega. Igualmente, se narra la historia de sus primeros pasos en el boxeo, la relación con su esposa, Jennifer Vieira y cómo comienza a cambiar de actitud debido a la adicción.

- Segundo capítulo: *La pelea que nunca se dio*

“El Inca” Valero salta a la rama profesional. En el segundo capítulo se cuenta como el merideño se convierte en uno de los mejores boxeadores profesionales del país, cuáles fueron sus logros deportivos y qué aportes dejó al boxeo mundial.

- Tercer capítulo: *La pelea con la muerte*

Fama, drogas y alcohol. Este último capítulo da continuidad al primero. Se sigue contando la vida personal de Edwin Valero. Además del asesinato de su esposa, la muerte del boxeador y la situación actual de los niños de la pareja.

1.4.1.5 Logros

En la investigación se conocieron aspectos importantes de la vida personal de Edwin Valero que no han sido relatados en otros textos periodísticos. Confesiones de familiares y amigos que compartieron notablemente con el boxeador, y que nunca se atrevieron a hablar ante los medios de comunicación.

1.4.1.6 Limitaciones

Algunas fuentes de interés para la investigación no pudieron ser entrevistadas por negación de la misma o por la dificultad para conseguirlas. Sin embargo, la información recopilada con la investigación documental y las personas que sí aceptaron la entrevista, fue suficiente y de gran ayuda para la realización de la semblanza.

CAPÍTULO I. LA PELEA CON LA INFANCIA

-“Es duro ser negro ¿Has sido negro alguna vez?

Yo fui negro una vez, cuando era pobre”.

Larry Holmes, exboxeador estadounidense

Ya no quedaba tiempo. Los dolores llegaban y se iban en pocos segundos. Tampoco había un vehículo que trasladara a María Eloísa Vivas a un centro asistencial. Solo estaba en el caserío una partera de nombre Lina Flores, quien iba a recibir al tercer hijo de su matrimonio con Domingo Valero.

Se acercaba la navidad en Bolero Alto, un pequeño y frío caserío del estado Mérida, aquel 3 de diciembre de 1981, y con esta la llegada al mundo, en una casita humilde, de Edwin Antonio Valero Vivas. La señora Valero, como buena esposa de la época, se encargaba de los quehaceres del hogar, mientras que el viejo Valero – así lo conocen en el pueblo- llevaba el sustento a la familia manejando camiones. Justo ese jueves, a las 8:00 am, el esposo se encontraba lejos de Bolero, muy lejos, en Caja Seca, sector perteneciente a un estado cercano, Zulia.

Una cuerda amarrada en el techo de la casa fue soporte para que Eloísa sacara todas las fuerzas de sus entrañas y le diera la bienvenida al nuevo hermanito de Edward y Yaurima, quienes en pañales aún correteaban por el jardín que rodeaba la casa. Tanta fuerza y dolor hizo que la madre se desmayara, había nacido el futuro campeón mundial, uno de los boxeadores más icónicos de Venezuela.

A Edwin lo examinó un médico horas después de su nacimiento, cuando por fin encontraron un carro que los llevó a la Mesa de Bolívar, un pueblo cercano donde sí hay doctores, centros asistenciales y comodidades. A pesar de haber nacido sin supervisión médica, ese bebé rosado con el cabello claro se encontraba en perfectas condiciones.

Domingo Valero apareció por la casa cuando Edwin tenía tres días de nacido. Desde el primer día, el pequeño no pudo sentir el calor de un padre que orgulloso abraza a su bebé hasta dormirlo. Tres días oliendo solo la esencia de una madre

abnegada, de esas venezolanas que nunca abandonan a sus hijos a pesar de las circunstancias. Así crecieron los Valero: con lagunas paternas. Nunca pasaron hambre, hasta que Domingo se fue de la casa. El matrimonio no daba para más, y Eloísa embarazada de otro varón empezó a criar sola a sus cinco hijos.

Ya no eran solo Edward, Yaurima y Edwin. A la lista de pecosos tremendos se sumaban Yineth y Luis. Cinco bocas que la madre soltera debía alimentar, pero no lo iba a hacer sola. Pocos años después de que el viejo Valero se fuera del hogar, Edwin tomó las riendas de su familia. Tenía siete años cuando Domingo los abandonó y eso lo afectó mucho, a pesar de que no perdió el contacto con su padre. Así comenta su hermano Luis, quien considera a Edwin como su papá, a pesar de que solo le llevaba siete años de diferencia.

Eloísa no quería estar cerca de la familia del viejo Valero. A pocos metros de su casa vivían sus exsuegros y algunos parientes del que fue su esposo. Debía alejarse de la mala vida que le había dado su pareja por tanto tiempo. Vendió la casa y se mudó a La Palmita, un caserío cercano, pero mucho más grande, y más cerca de la ciudad.

A la mayoría de los niños les gusta ir al colegio, estrenar útiles escolares, hacer amigos y jugar en el recreo, pero Edwin no encajaba en ese grupo. No le gustaba estudiar, odiaba el inglés. Su madre lo inscribió en escuelas de La Palmita, El Vigía, Mesa de Bolívar, pero no quiso terminar el primer año de bachillerato. Comenzaba el año tranquilamente, pero cuando llegaban los exámenes Edwin no iba más, hasta que la señora Eloísa desistió, no pudo obligarlo a que se convirtiera en lo que ella quería, un profesional universitario.

A los 11 años de edad, Edwin abandonó los cuadernos y los libros. Su madre no lo quería dejar sin hacer nada, no quería un vago en su casa, no podía darse ese lujo, por eso lo puso a trabajar con ella vendiendo frutas en El Vigía. Una carretilla de madera o de hierro era suficiente para ordenar la mercancía todos los días en el centro de la ciudad, pero como La Palmita queda a media hora de El Vigía, debían guardar las frutas en un depósito alquilado y sacarla todos los días al mercadito que levantaron los buhoneros, justo donde está la escultura del ferrocarril.

De eso se encargaba ese niño pecoso y de piernas delgadas que no quiso seguir escribiendo en cuadernos. Todos los días bajaba de La Palmita al centro de la ciudad a sacar el puesto donde vendía mamones, tomates, ajos, zapotes, manzanas, uvas y tazas para guardar comida. Lo que se consiguiera en Tovar o en Bailadores, otros pueblos cercanos a El Vigía. Su madre, encargada de atender a los demás niños, lo alcanzaba después del mediodía, cuando ya había hecho el almuerzo y se lo llevaba en una taza plástica.

A Edwin, típico chico de la década de los ochenta, le gustaba llenar álbumes de barajitas, o cromos, como se le conoce en los andes venezolanos, pero su deseada bicicleta, la que siempre le pedía a sus papás, no era el premio que le había tocado por llenar consistentemente el libro. Demostrando desde pequeño que iba a ser bueno y vivo en los negocios, logró cambiar la pelota de baloncesto que había ganado como incentivo por una bicicleta que serviría para jugar y trabajar.

Cuando la familia Valero Vivas aún vivía en La Palmita, Edwin iba con su bicicleta a vender helados a la escuela. No quedaba muy cerca de su casa, pero andar en bicicleta era una de las cosas que más le gustaba hacer cuando era niño. “Recuerdo que me llevaba en la barra del triciclo cuando íbamos a vender helados. Yo estaba muy pequeñito y no me dejaban trabajar”, comenta Luis, fotocopia de Edwin. El rostro lleno de pecas, labios finos, ojos achinados y el cabello claro convence a cualquiera que es el mismísimo campeón mundial.

Una bicicleta no se conseguía todos los días, tampoco había dinero en la familia para comprarla, pero sí unas manos habilidosas y rápidas que la reparaban cada vez que se dañaba o hacía falta cambiarle una pieza. Edwin no iba a dejar que su medio de transporte quedara en un rincón de la casa oxidada, convertida en hogar para los insectos, por lo que con su propio trabajo le dio larga vida, hasta que el deporte lo marcó para siempre.

El primer acercamiento de Edwin al deporte fue con el taekwondo, y al igual que en el boxeo, era muy bueno. Tenía disciplina, pero no siguió practicándolo porque había prioridades, como trabajar. Pero la señora Eloísa no quería que su hijo no tuviera nada que hacer cuando ella llegaba al mediodía al puesto de frutas, por eso le buscó trabajo en el taller de bicicletas del señor Dimas García, quien laboraba

cerca del mercado. La madre lo llevó un día para que le hicieran una prueba en el taller y, gracias a su experiencia reparando su bicicleta, fue seleccionado. Al día siguiente ya trabajaba para García. En las mañanas ayudaba a su mamá a vender frutas y en la tarde estaba en el taller.

Nadie se imaginó que en un galpón lleno de grasa, cadenas, lijas, ruedas y volantes, Edwin iba a interesarse por primera vez en el boxeo, y es que el señor Dimas había sido boxeador. Edwin, con 11 años, tenía la curiosidad nata de los niños; a pesar de su edad y de su experiencia en el campo laboral, escuchaba con atención los cuentos de su jefe. Fueron muchas tardes de anécdotas, entre ellas las peleas y los entrenamientos de Dimas cuando se subía al cuadrilátero.

Un día, Edwin no aguantó la curiosidad. Necesitaba saber en qué parte del pueblo quedaba el gimnasio donde los boxeadores entrenaban hasta sacar la última gota de sudor del cuerpo. Necesitaba ver con sus ojos lo que el señor Dimas le había contado por tanto tiempo. Le preguntó a García, pero este no quiso responderle. No lo iba a mandar a ese lugar donde, según él, los hombres reciben golpes hasta quedar locos de por vida.

No había tiempo de imaginar cómo era un ring o unos guantes de boxeo. Los fines de semana también se trabajaba, y como Edwin estaba acostumbrado, lo hacía con la mejor disposición, a diferencia de su hermano mayor, Edward, a quien no le gustaba mucho salir a buscar dinero para el hogar. “Edward era más perezoso, a ese no le gustaba trabajar. Edwin y él siempre se caían a golpes por eso. No ayudaba a su hermano, y eso que era el mayor”, comenta con tono de regaño la señora Eloísa, quien con el rostro manchado por el sol y la mala vida, sonrío al recordar a sus pequeños. Ella se encargaba de comprar ajos en Tovar para luego separarlos en bolsitas transparentes. El niño trabajador iba de casa en casa los sábados y domingos, ofreciendo el infaltable producto para las amas de casa venezolanas.

Una tarde de 1992, Edwin se encontraba en El Vigía haciendo su habitual recorrido para vender ajos cuando, por casualidad, pasó al frente del Gimnasio Morochito Rodríguez, que lleva ese nombre en honor al boxeador venezolano, Francisco “Morochito” Rodríguez, quien obtuvo medalla de oro en los Juegos

Olímpicos de México 1968. Edwin quedó perplejo. Sin saberlo, llegó al sitio que había estado buscando días atrás. Ahí estaba el entrenador Oscar Ortega, quien más adelante se convertiría en el padre alcahueta y confidente que nunca tuvo.

Ortega observó al niño delgado que miraba fijamente cómo sus muchachos golpeaban con fuerza los sacos de boxeo. Inmediatamente le preguntó si estaba interesado en montarse en el ring que tenía al frente.

— Sí, estoy interesado, señor, pero no quiero que me roben la bolsa de ajos que tengo aquí para vender— respondió Edwin con el rostro apenado.

—Véngase mañana a las dos de la tarde con una pantaloneta y zapatos deportivos— le dijo Ortega con tono autoritario.

Ni más tarde, ni más temprano, Edwin Valero llegó al gimnasio el día siguiente justo a las dos de la tarde. Ortega supo desde ese momento que aquel niño de 12 años iba a convertirse en uno de los mejores boxeadores del país y que iba a llegar tan lejos como se lo propusiera, porque en los ojos se le veía la determinación y la disciplina que no todos los pugilistas tienen.

A la señora Eloísa no le gustó la idea. Ella había visto por televisión y escuchado por radio muchas peleas y no quería que su hijo recibiera esos golpes tan fuertes. Peleas de muchos venezolanos que querían seguir los pasos de “Morochito” Rodríguez, quienes veían el boxeo como una forma de surgir, de ser alguien en la vida.

Ella sabía que era una profesión peligrosa, pero Edwin se le escapaba del puesto de frutas o de la casa, y un día le dijo con determinación que si no le daba permiso se iba a escapar todos los días, pero no iba a dejar de entrenar. No le quedó más remedio que apoyarlo. Su hijo estaba decidido: no iba a dejar pasar la oportunidad de convertirse en alguien importante.

A Dimas García tampoco le gustó la idea. Edwin tenía que dejar de trabajar en su taller de bicicletas para ir al gimnasio. Debía escoger entre lijar y pintar triciclos o practicar el deporte de los puños. No lo pensó dos veces y presentó la renuncia. Dimas no quería dejarlo ir, sabía que no iba encontrar tan rápido una persona tan

hacendosa y trabajadora como fue Edwin durante ese tiempo, un jovencito que cumplía cada una de las órdenes -las de su mamá y las de su jefe- sin quejarse.

Todos los días después de ayudar a la señora Eloísa en el puesto de frutas, Edwin estaba a las dos de la tarde en el Morochito Rodríguez. Desde el principio, entrenó sin parar. No desperdiciaba ni un segundo en el gimnasio. Hacía todo lo que el profesor Ortega le pedía sin titubear. Golpes, golpes, golpes y más golpes. Golpes que cada vez se hacían más fuertes, que dolían más. Golpes que no parecían de un jovencito de 12 años. Golpes de lucha, de hambre, de ganas de salir adelante.

La situación económica de la familia Valero era cada vez más difícil. Cinco años después del divorcio con Domingo, la señora Eloísa se casó nuevamente, y con su nuevo esposo, tuvo tres hijos más: Zaira, Jordan y Andreína. Eran tres bocas nuevas que alimentar, más gastos y preocupaciones. Con 13 años, Edwin sintió que tenía la suficiente experiencia como para conseguir lo que quería, contando consigo mismo, y ahora, con la ayuda del profesor Ortega.

Edwin no podía bajar y subir todos los días de La Palmita hacia El Vigía, y Ortega no tuvo corazón para dejarlo en la calle. Sabía lo que su nuevo muchacho estaba viviendo. No era difícil darse cuenta de la pobreza que lo arrojaba. El gimnasio se convirtió en su nueva casa. El olor al cuero de los guantes y los sacos de boxeo era lo último que percibía antes de dormir. No había una cama suave y acolchada para descansar, solo bancas duras y frías. Tampoco unos padres que le contaran un cuento o le dieran un beso antes de dormir. En esas bancas le tocó soñar muchas noches que en el futuro todo iba a ser mejor, mucho mejor de lo que le había tocado vivir.

Tampoco tenía qué y dónde comer, y eso en un boxeador no es bueno, pero Ortega apareció de nuevo y le abrió las puertas de su casa a Edwin, y luego a su hermano Edward, quien también se había unido al boxeo. “Me partía el alma ver a esos muchachos pasar hambre. Les dije que donde comía uno, podíamos comer tres, y así fue”, comenta Ortega sin titubeos, con una voz gruesa y determinante, típica de los viejos profesores.

Las puertas de la familia Ortega se abrieron de par en par para los Valero. Comían allí y dormían en el gimnasio. Más adelante, el profesor, mediante el

Instituto Nacional de Deportes, hizo que habilitaran el restaurante “La Brocheta de Oro” para que los boxeadores tuvieran un sitio donde comer todos los días. No solo los hermanos Valero se vieron en la necesidad de buscar a alguien que les tendiera la mano, muchos jóvenes estaban en la misma situación, con hambre, lejos de sus hogares, sin tener un lugar donde vivir.

Una mañana húmeda, como cualquier mañana en El Vigía, cuando ya Edwin había entrenado por un buen tiempo en el gimnasio, el profesor Ortega planificó un intercambio con la Selección Nacional de Boxeo. Habló con el director de la Comisión Técnica Nacional para esa época, y este le dijo que tenía un boxeador con el peso mínimo requerido para pelear, José Luis Varela, quien venía de obtener un cinturón de oro en Rumania, y de quedar subcampeón en el Campeonato Centroamericano y del Caribe. El muchacho ya tenía un currículum dentro del cuadrilátero. Ortega le dijo que tenía a Edwin Valero, sin experiencia, pero con mucho talento y una pegada poderosa. No lo creyó capaz porque Edwin se veía muy pequeñito y debilucho, pero al primer golpe Valero lo tiró al suelo, y al final ganó por decisión. José Luis duró meses sin hablarle a Ortega.

Así fue el comienzo de Edwin Antonio Valero Vivas en el mundo del boxeo. Desde el principio, su pegada fuerte y noqueadora fue protagonista, pero había algo que lo iba a llevar al éxito dentro del cuadrilátero, algo en los que sus familiares, entrenadores y amigos coinciden tajantemente, y era su manera de entrenar. Esa manera de entregarse a las prácticas, al gimnasio, a los ejercicios no la tenía otro compañero, ningún otro contrincante al que enfrentara, ni siquiera su hermano Edward, quien más adelante abandonó el boxeo. Tampoco su otro hermano Luis, quien después de la muerte de Edwin quiso imitarlo y seguir su ejemplo deportivo.

Para Edwin no existía el tiempo dentro del gimnasio. Si el entrenador le pedía practicar tres horas, él entrenaba seis u ocho. Cuando todos se iban y él quedaba solo, le pedía hasta al vigilante que practicara con él. Era una máquina, parecía un animal salvaje, como un caballo cuando lo quieren domar. Tenía más energía que cualquiera, más fuerza y resistencia que cualquiera. Ese era su gran secreto, la consistencia. Quería llegar lejos, y debía hacer todo lo posible para lograrlo.

Ortega cumplió todas las funciones de padre. Enseñó, protegió y aconsejó a Edwin, sobre todo cuando observó que andaba en malos pasos. “No me gustó cuando lo vi con el hijo de la señora Marina. Ese muchacho tenía mala fama, y no quería que Edwin se juntara con él”, dice Ortega con la mano en el cabeza, preocupado, como si lo estuviese regañando en ese preciso momento. El profesor advierte que para ser entrenador de boxeo hay que saber tratar y orientar a esos muchachos, quienes casi siempre vienen de un hogar con muchas necesidades. Le repetía una y mil veces a sus alumnos que estudiaran, porque cuando ya no pudieran boxear, necesitarían algo para sobrevivir.

Pero Edwin comenzó a meterse en problemas. Se hizo amigo de lo ajeno, y en varias ocasiones la policía lo sorprendió. En 1997, el profesor Ortega se preparó para ir con él a los Juegos Nacionales que se realizarían en el estado Aragua, pero Edwin tenía un comportamiento extraño. No quería salir del gimnasio y estaba muy nervioso, sudaba muchísimo, como si acabara de practicar y la cara la tenía más blanca que un papel. Ortega se dio cuenta. Había escondido una moto que le había robado a una muchacha, y la PTJ –actual CICPC- lo estaba esperando afuera, pero el “profe” siempre lo sacaba de los problemas, y como de costumbre, no pasó a mayores.

Edwin le tomó mucho cariño a Oscar Ortega, tanto así, que lo escogió padrino de su matrimonio eclesiástico con Jennifer Carolina Viera Finol. La pareja ya había contraído matrimonio civil años atrás, cuando necesitaban hacer el papeleo para pedir la visa y que Edwin buscara, como boxeador, buenas peleas en Estados Unidos, la plaza más importante para los pugilistas, donde se mueve mucho dinero, por publicidad y por apuestas.

Carolina –como la llaman todos por cariño- cumplió su sueño, vestirse de blanco y unirse bajo la bendición de Dios al amor de su vida, con el que había compartido desde los 12 años, siendo aún una niña. La noche del 5 de enero de 2008 fue especial, parecía una princesa. El vestido blanco tipo corsé se ajustó perfecto a su delgada figura, a su cuerpo de modelo, de Miss Venezuela. A pesar de haber pasado por dos partos, Carolina tenía una figura envidiable. Su cabello negro

como el petróleo, liso como la seda y largo como el río Chama, fue recogido con un sencillo peinado, sencillo como el vestido, como el maquillaje, como ella. Y para darle un toque especial a su rostro angelical, una tiara de princesa brillaba encima de su cabeza. Cualquiera pudiera confundirla con una quinceañera, pero no, era la esposa del doble campeón mundial, Edwin Valero Vivas.

El novio, con un traje gris oscuro, elegante, ajustado con una corbata de rayas negras y blancas, tenía su cabello como siempre, alborotado. No quería dejar ser el mismo Edwin de siempre, fiestero, alocado y bailarín.

La catedral de El Vigía fue el escenario de la unión, y en La Rondalla, club familiar propiedad de Edwin, se realizó la fiesta por todo lo alto. El pastel era sencillo: un corazón blanco con un borde plateado, cubierto en la superficie por rosas rojas y blancas. Hubo whisky “del bueno”, el más caro de todos. Bailaron toda la noche, hasta el amanecer. Fue la fiesta soñada para Carolina, su noche de bodas esperada. Así lo quiso por más de 10 años.

Edwin conoció a Carolina cuando tenía 17 años y ella 12. Él ya tenía varios años entrenando y viviendo en el Morochito Rodríguez, y una tía de Carolina vivía al lado del gimnasio. La hermana de Carolina iba a cumplir quince años, y necesitaban a un muchacho para ser parte de la cuadrilla de la fiesta. Faltaba una pareja para completar el vals. Fue amor a primera vista, cuando él la vio dijo: “esa negra va a ser mi esposa”. Le tocó bailar con otra muchacha, pero no le quitó los ojos de encima a Carolina en todo el baile. Cuando terminó el vals, empezó a coquetear con ella. Poco a poco se fueron conociendo, hasta que se enamoraron.

La familia de Jennifer Carolina es descendiente de portugueses. En El Vigía tienen negocios, incluyendo una licorería. Son trabajadores, como la mayoría de los europeos que llegaron a Venezuela huyendo de la Guerra. Ella era la consentida de la casa, la princesa de Armando Vieira y Mary Finol. Siempre la llamaron Caro por cariño y así fue hasta después de su muerte.

Llamaba la atención por su figura esbelta, cabello largo y negro azabache. Era alta para su edad, la más alta de su salón. Le encantaba hacer tortas y todo tipo de bisutería, quería ser Miss Venezuela -tenía todo para serlo-, pero sus padres no querían que ella tuviese una relación con Edwin. Lo veían como un “muerto de

hambre”, un boxeador sin un futuro para ofrecerle, sin nada que darle a una niña que había tenido todo, pero no lo pudieron evitar. Comenzaron una relación. Edwin la iba a buscar todos los días al colegio Simón Bolívar, centro educativo privado donde estudiaba. Se aparecía en una moto Yamaha amarilla, modelo Artistic que le había regalado el viejo Valero. Un año después dijo que se la llevaría a vivir con él.

Una tarde calurosa en la ciudad, específicamente el 5 de febrero de 2001, Edwin iba en una motocicleta prestada, sin casco y con exceso de velocidad, a auxiliar a su padre, quien se había accidentado en un carro muy viejo que tenía, de esos que a juro arrancan y suenan como si tuviesen algo atascado en el tubo de escape. Lo acompañó el mecánico que los iba a ayudar a salir del apuro, pero el problema fue mayor. Edwin chocó contra un carro, salió disparado y su cabeza impactó contra la acera de la avenida. El resultado fue una fractura de cráneo para él y un fémur partido para el mecánico.

Todos afirmaron que había acabado la vida profesional de aquel muchacho con un futuro brillante en el mundo de los puños. No iba a salir ileso de ese terrible accidente. Se le formó un coágulo de sangre en la cabeza –que luego fue removido-, y el informe médico indicó que el cráneo hizo contacto con los nervios cerebrales, por lo que sus reflejos no iban a ser tan rápidos como para seguir boxeando normalmente.

Edwin estuvo hospitalizado tres meses en la ciudad de Mérida. No recibió ayuda de la Federación de Boxeo, aun cuando pertenecía a la selección nacional. La gente de la comunidad colaboró, la familia y, como siempre, el profesor Oscar Ortega. Él fue quien llamó a la señora Eloísa para avisarle que Edwin había tenido el accidente, pero, para no preocuparla, dijo que solo se había fracturado un brazo. Ella se fue corriendo desesperada, y dejó a los niños con la abuela.

Fue desde ese momento que Carolina no se despegó de él. Pasó los tres meses en el hospital junto al amor de su vida. Los padres fueron a buscarla en varias ocasiones, pero ella se negó rotundamente a abandonar a Edwin. Quería acompañarlo hasta el final, y así lo hizo.

Desde el comienzo, la relación fue un cuento de novela. Ella clase media, él clase baja. Ella criada con todas las comodidades, él prácticamente criado en

situación de calle. Los padres de ella se opusieron, la familia de él los protegía. Así fue desde el principio hasta que la muerte los separó. Antes del accidente, ella se escapó con él a una casa en Tovar. Quiso esconderse de sus padres para que no la apartaran de su amor, cinco años mayor que ella, pero no todo iba a ser tan fácil.

Armando Vieira amenazó a Edwin con denunciarlo a las autoridades cuando cumpliera la mayoría de edad. Inclusive, lo amenazó de muerte si no dejaba en paz a su pequeña, pero todo estaba hecho. Ella no se iba separar más nunca de Edwin. Luego de la alta médica del muchacho, ella se mudó a su casa y comenzaron a convivir como una pareja.

El 17 de enero de 2002, boxeó de nuevo, a pesar de los comentarios pesimistas de promotores, entrenadores, y hasta de su propio apoderado, Ramón Cotúa, quien según el propio Edwin, pensó en varias oportunidades que no valía ni medio como boxeador por el accidente que tuvo. Muchas veces contempló alejarse del boxeo, pero un día, trotando en una de las calles del oeste de Caracas, coincidió con Lorenzo “Lencho” Parra, excampeón mundial de la Asociación Mundial de Boxeo (AMB), y este lo aconsejó. Le repitió muchas veces que su accidente no era impedimento para seguir con su sueño dentro del cuadrilátero. Edwin le hizo caso y siguió. Ese 17 de enero noqueó a su rival y calló la boca de muchos que no creyeron en él.

El 30 de junio de 2002, un año y cuatro meses después del accidente de Edwin, Jennifer Carolina dio a luz a su primer hijo, Edwin Valero Vieira. Un varoncito de cachetes rosaditos y ojos claros. La familia estaba consolidada, pero ellos querían estar formalmente unidos. Carolina tenía 15 años de edad y no podía casarse sin el consentimiento de sus padres, por eso Edwin se armó de valor y fue a la casa de sus suegros a pedir la mano de su mujer. Finalmente, los padres resignados aceptaron la unión, y el 8 de octubre de ese año, Jennifer Carolina Vieira Finol se convirtió, legalmente, en la esposa de Edwin Antonio Valero Vivas.

Nueve días después de convertirse en padre, un 9 de julio, “El Inca” Valero peleó por primera vez como boxeador profesional frente a Eduardo Hernández y le ganó por nocaut en el primer asalto. La lucha fue en el Parque de las Naciones Unidas de Caracas. Emocionado, dedicó el triunfo a toda su familia y a su bebé

recién nacido. Su hermana Yineth recuerda con mucha risa cómo Edwin envió ese saludo. Según ella, se escuchó como un caraqueño malandro, y eso quedaría para siempre como una manera de burlarse de él dentro de la familia.

Edwin fue llamado a la Selección Nacional de Boxeo cuando aún estaba en manos del profesor Oscar Ortega. El muchacho tenía futuro, mucho futuro, pero algunos delitos en su adolescencia y en su adultez sirvieron de trabas. Delitos que casi le costaron la carrera.

“El negro Ortiz” era un delincuente muy peligroso de El Vigía. Todos le temían. Había asesinado a cinco personas, aproximadamente. Ya como boxeador profesional, Ortiz le robó una moto a Edwin. Sin pensarlo se metió con la persona equivocada. “El Inca” no perdió tiempo y sin miedo, lo increpó, exigiéndole que le cancelara el dinero de la moto que le había robado. Ortiz no quiso, y Edwin lo asesinó de un disparo. Inmediatamente se fue para Caracas, huyendo de la justicia.

Un inspector de la PTJ llamó a Oscar Ortega y le preguntó sobre el paradero de Edwin Valero. Todos en el pueblo sabían que Ortega y Edwin se mantenían en contacto, a pesar de que el boxeador ya no estaba en manos del profesor. Ortega, muy seguro, le dijo al funcionario que no tenía idea de donde estaba Edwin, pero sabía desde hace días que estaba en Caracas

— Mijo, me llamó la PTJ preguntándome por usted, pero yo le dije que no sabía dónde estaba. Tenga cuidado.

— Tranquilo, profesor. Lo que quieren es plata, como siempre - le respondió Edwin tranquilamente.

El inspector volvió a llamar a Ortega, el profesor muy molesto le dijo que deberían darle un reconocimiento a su muchacho por hacerles el favor de quitarle a un asesino tan peligroso de encima, en vez de acusarlo para acabar con su carrera dentro del boxeo. El inspector le dio la razón y el caso no pasó a mayores. El juez pidió dos fiadores, uno de ellos fue Joaquín Muñoz, presidente, para ese entonces, de la Federación de Boxeo del estado Mérida, amigo de Ortega y de Edwin.

Muñoz, jubilado del Seguro Social, y propietario de algunas fincas, tenía para ese entonces un ingreso económico estable, y pudo ayudar a Edwin con el dinero de

la fianza. También fue uno de sus protectores. Otra figura paternal para Edwin, quien en más de una oportunidad lo salvó de la cárcel, o de la muerte. Cuando Valero se inició en el boxeo, no tenía botas con que pelear. Muñoz se las regaló, así como las franelas para practicar.

Una noche vigiense, movida, llena de música, autos y motos a toda velocidad, la señora Eloísa llamó desesperadamente a Joaquín. Edwin se había metido en un problema grave, y debía esconderse inmediatamente porque la policía lo estaba buscando, tanto así que allanaron la casa de los papás de Carolina. Joaquín no lo iba a dejar solo. Lo escondió en el asiento trasero de su carro y lo trasladó de El Vigía hasta La Palmita. No hubo problema porque a Muñoz lo conocían todos en la ciudad. Una persona respetable y que hizo mucho por el boxeo en El Vigía y en el estado Mérida. Edwin permaneció escondido mucho tiempo en una modesta finca que le perteneció a su abuelo. La familia, Ortega y Joaquín le llevaron comida todo ese tiempo, hasta que saltó a la categoría profesional y se fue a Caracas.

El profesor Ortega metió la mano al fuego por Edwin, y asegura que es mentira que él consumió drogas desde los nueve años, como lo indica el informe psiquiátrico que le realizó el CICPC meses antes de morir. Cuando estaba en sus manos, Ortega nunca lo vio con un comportamiento extraño, y siempre aprobó los exámenes antidoping antes de cada pelea. Está seguro que el muchacho cayó en el mundo oscuro de las drogas y el alcohol cuando llegó a Caracas. A pesar de los momentos difíciles, Ortega lo recuerda con mucho cariño. Vivió momentos muy especiales junto a Edwin, y él nunca lo olvidó. Siempre lo nombraba en las entrevistas que la prensa le realizaba.

Edwin saltó al profesional, a lo que todo boxeador desea, donde está el dinero, las apuestas, las bolsas de dólares. Todos quieren llegar allí y dejar un nombre en la élite boxística, como Muhammad Ali, Mike Tyson, entre otras estrellas de los puños. Todos quieren ganar mucho dinero, dinero que a la mayoría les ha faltado desde que nacieron, y por el que han luchado tanto.

Valero no se convirtió en boxeador profesional por suerte. En la categoría amateur ganó 86 peleas, 57 por nocauts, y perdió solo seis combates. Se convirtió en campeón aficionado en tres oportunidades en Venezuela, y consiguió el título de

Campeón Centroamericano y del Caribe en 1998, luego de derrotar a Francisco “Pachito” Bojado, exboxeador mexicano y considerado para la época como futura estrella del cuadrilátero. También fue campeón sudamericano, pero hubo algo que no pudo conquistar porque no le dieron la oportunidad de hacerlo: los Juegos Olímpicos.

El merideño, molesto y decepcionado, le contó a su familia que en la Selección Nacional de Boxeo había pugilistas privilegiados. Una autoridad importante dentro de la selección le dijo que si le ganaba a Omar Cermeño, clasificaba a los Juegos Olímpicos. Valero le ganó con una ventaja clara, pero no lo mandaron a las Olimpíadas. Cermeño sí representó el tricolor nacional, pero no ganó ninguna medalla.

“El Inca” Valero se escuchaba en todo el país. Los amantes del boxeo sabían que un nuevo venezolano daba de qué hablar a los periodistas y promotores. Lo más resaltante: su pegada. Una pegada que noqueaba sin parar, que destruía al rival. Una pegada con la fuerza de un inca, pero no fue allí de dónde salió su apodo. Existe la creencia de que “El Inca” era el sobrenombre de Edwin por tener rasgos indígenas, ojos pequeños y achinados, cabello largo y liso, pero su sobrenombre surgió de una manera que nadie se imagina. Cuando comenzó a boxear, un centro hípico llamado El Inca lo patrocinó, y subió al ring con ese nombre estampado en la pantaloneta. En ese momento se convirtió en “El Inca” Valero, el noqueador.

Nunca le gustó el apodo, sentía que le hacía publicidad gratuita al centro de apuestas. No quería que lo llamaran así. Deseaba que se le conociera como “El Coli” por colibrí, el ave pequeña y rápida que habita en Suramérica. Así lo llamaba su esposa por cariño, mi coli. Cuando Hilmar Rojas, periodista del diario Líder se enteró de que a Edwin le molestaba que lo llamaran “El Inca”, le dejó de decir así. Fueron muy buenos amigos, siempre bromeaban y él le pedía que lo acompañara a todos sus entrenamientos y peleas.

Hilmar y Edwin se conocieron en la Cadena Capriles, específicamente en la redacción del diario Líder. Ella no estaba al frente de la fuente del boxeo para ese momento. Su jefe estaba seguro de que las mujeres no podían llevar una rama tan

violenta, eso era para hombres, pero ella no se dio por vencida: actualmente es la jefa de prensa de la Asociación Mundial de Boxeo.

Edwin llegó al diario para que le hicieran una entrevista luego de separarse de Oscar y Joel de La Hoya en Estados Unidos. Ella empezó a hablar de los comienzos de la carrera de Valero. Le comentó sobre sus peleas en la categoría amateur y él se sorprendió. Una mujer, desconocida, sabía lo que había logrado desde el principio de su profesión. Así fue su primer encuentro, más adelante se hicieron amigos hasta el final.

Milo, así lo llamaba Hilmar por cariño –derivado de mi loco-, y así es como lo recuerda. Lo describe como un caballero, bromista, simpático e intimidante. Siempre discutían por culpa de Manny Pacquiao. Ella le decía que el filipino le iba a ganar por nocaut y Edwin le respondía que estaba loca, que él era mil veces mejor. Pelea soñada para muchos, la pelea que nunca se pudo dar por la muerte de Edwin. Aunque hay quienes creen que era imposible que pelearan, porque Edwin no tenía el talento suficiente para enfrentar a Pacquiao, considerado uno de los mejores boxeadores del mundo, pero son muchos más los que sí creen que Edwin pudo acabar con él en el ring, como hizo con todos los demás.

Luego de una entrevista, Edwin invitó a Hilmar y a todo el equipo de trabajo a almorzar pollo a la brasa, una de sus comidas favoritas. Fueron a El Paraíso, zona muy concurrida del oeste de Caracas. Muchas personas se acercaron a pedirle una foto, inclusive cuando estaba comiendo, y en ningún momento se negó. Siempre fue accesible a los fanáticos, a pesar de que su imagen de boxeador, de noqueador, intimidaba.

Un periodista del diario Líder comentó que “El Inca” le pagaba a Hilmar para que hablara bien de él en las publicaciones, inclusive que le había cancelado el viaje a Texas cuando peleó con Antonio Pitalúa. Edwin se enteró y se molestó mucho, pero no pasó de un simple desagrado. Aunque, bromista como siempre, cuando llegó a la Cadena Capriles, gritó que quién había sido el periodista que comentó lo del pago. Hilmar recuerda que lloró de la risa porque ese colega se puso extremadamente pálido.

El primer mánager o apoderado -como se le conoce en el boxeo- de Edwin fue Ramón Cotúa, hombre con mucha experiencia dentro de la disciplina, pero “El Inca” no quería estar con él. En varias oportunidades, Cotúa desprestigió a Valero. Estaba seguro de que el accidente que sufrió dejó secuelas y no iba a ser el mismo, pero Manuel Sayago, quien se iba a convertir en su primer entrenador luego de Ortega, lo recomendó. Lo vio pelear, vio cómo se movía en el ring y cómo pegaba con fuerza. Le gustó desde el primer momento.

Edwin nació en una casa humilde, rodeada de árboles y tierra, mucha tierra, sin comodidades, sin lujos. Al final creció con poca educación, pero nunca fue tonto para los negocios. Leía muchos libros, se reunía con personas estudiadas, y aprendió a negociar. Sabía que en el boxeo se movía mucho dinero, y quería estar seguro de recibir lo que realmente se merecía por cada pelea. Por eso se dio cuenta de que su contrato con Ramón Cotúa no era lo que pensaba. Le contó a su familia que el apoderado hizo trampas con su contrato. Ya no quería estar con él, y Segundo Lujano, quien ya conocía a Edwin por el mismo Cotúa, quería ser su nuevo mánager.

Cotúa le propuso a Lujano compartir la ficha de Valero, 50% para cada uno, y así quedó registrado en el documento autenticado por ambos en la Notaría Pública Décimo Quinta del Municipio Libertador, el día 25 de julio de 2002, bajo el N° 90, específicamente en el tomo 46. Sin embargo, tiempo después, Cotúa cedió su parte a Segundo, lo que convirtió a este en el único mánager de Valero.

Ramón Cotúa niega esta versión. Desesperado, afirma que solo él conoce la verdad y advierte que Segundo y Edwin lo traicionaron cuando viajaron a Estados Unidos con Oscar y Joel de La Hoya. “Me sacaron de la jugada. A pesar que Segundo era uno de mis mejores amigos. Me obligaron a vender mi parte, y al final no me pagaron todo”, comenta Cotúa con la mirada fija en el horizonte, y dice, por tercera vez, que fue él quien ayudó a Edwin cuando llegó a Caracas y quien le enseñó a pelear “como de verdad pelea un boxeador”.

Manuel Sayago entrenaba a muchos prospectos del boxeo venezolano para ese entonces. Estaba a cargo de Juan “Baby” Landaeta, Richard Reina, Fernando Angulo, Alexander “El Explosivo” Muñoz, pero aceptó el reto de entrenar a Valero

porque le gustó su manera de pelear. Vio a Edwin como un boxeador decidido, que subía al cuadrilátero a acabar con el rival.

Edwin comenzó a prepararse en Caracas para nuevas peleas, nuevos retos. Pero las cosas no andaban bien. Era una estadística más, uno de los muchos andinos que llegan a Caracas para buscar un futuro mejor, pero sin un lugar digno donde vivir. El gimnasio, de nuevo, se convirtió en su hogar, esta vez en Los Cangilones de La Vega. Un perro rottweiler era su acompañante todas las noches. “Profesor, ayúdeme. Yo duermo con un perro que se caga en mi cara”, le dijo Edwin llorando a Sayago una mañana que no aguantó más y sacó a la luz todos los problemas que lo atormentaban.

Quería estar con su esposa y su hijo, quienes se habían quedado en Mérida esperando que consiguiera un lugar donde pudieran vivir los tres como una familia normal, feliz. Todos los días le suplicaba a Sayago que llevara a Caracas a su esposa y a su bebé. No soportaba estar lejos de ellos. Segundo y Sayago le consiguieron una pieza pequeña en el Bulevar de La Vega. Ya no dormía entre heces de perro. Desde ese lugar se iba caminando todos los días a entrenar. Más adelante le consiguieron una habitación matrimonial. La desesperación terminó. Jennifer Carolina y su hijo finalmente se reunieron con Edwin en Caracas.

Familiar y “echador de bromas”, así lo recuerdan sus hermanos. Una noche, Edwin, Luis y unos amigos regresaban a La Palmita luego de asistir a unos piques fangueros. “El Inca” conducía un jeep marca Toyota, modelo Machito, su carro preferido, un rústico, de esos que se pueden meter al barro y ensuciarlos sin remordimiento. Faltaba poco para llegar a la casa, pero se colearon en la carretera y el vehículo rodó por un barranco.

El primero en salir del carro fue Luis. Estaba muy asustado, pensó que el vehículo iba a explotar, así como en las películas. Uno a uno fueron saliendo y subieron de nuevo a la carretera, pero Edwin no se movía, no respondía, pensaron lo peor. Luis bajó llorando desesperadamente a sacar a su hermano de esa bomba de tiempo. Las manos de Edwin agarraban el volante, y el rostro pegaba de la corneta, como si estuviese dormido, pero era muy pesado para sacarlo. Luis prefirió quitarle la pistola que tenía cerca, por precaución. Edwin no aguantó más y se echó

a reír. Era él quien lloraba ahora, pero de la risa. Fingió estar muerto durante todo ese tiempo. Fue un susto más, una broma más del niño tremendo que siempre llevó dentro.

No perdonaba ni a su esposa. Ella le tenía pavor a los sapos, no podía verlos porque se escondía donde fuese, inclusive podía vomitar. Edwin había comprado una casa en las afueras de la ciudad de Mérida cuando comenzó a ver los frutos de sus peleas. Lejos de la gente, el ruido, la prensa y el ring de boxeo, pero muy cerca de la naturaleza, la neblina y del sonido de los pájaros. Allí iban a pasar un fin de semana de vez en cuando. En una de esas escapadas, los acompañaron Luis y su esposa Luris. Las dos parejas estaban hablando y bromeando como siempre, pero venía lo peor para Carolina. Edwin encontró un sapo en el jardín de la casa, lo escondió en una pequeña caja y se lo llevó a Carolina como el más bello de los regalos. Ella abrió la caja y se encontró a su peor enemigo. Muy asustada la tiró al suelo y se escondió en su habitación por cinco horas, aproximadamente. No iba a salir hasta que estuviese segura de que el sapo estaba lejos de alcanzarla.

Así era Edwin. Siempre tenía algo que celebrar, y si no lo había, lo inventaba. Colocaba cualquier excusa para bailar, le encantaba y lo hacía hasta descalzo. La salsa, el tambor y la música campesina, lo que llaman en los pueblos “la cachicamera”, eran sus géneros preferidos.

En una tarde soleada, calurosa y aburrida en La Palmita, los hermanos Valero estaban hablando en el porche de la casa, pero Edwin quería hacer una fiesta, celebrar algo y no sabía qué. Miró fijamente a su hermana Yineth y le pidió que se casara con su novio el fin de semana siguiente para que la familia pudiera hacer una fiesta por todo lo alto. “Cásese, boba. Yo le pago hasta el vestido y los anillos”, le comentó el hermano emocionado. Yineth quedó totalmente sorprendida. No le había pasado por la mente la palabra matrimonio y en una semana podía ser una mujer casada. Al final, ella y su novio aceptaron.

Ocho días después, un 28 de julio, Yineth era una señora casada y con un matrimonio bien hecho. Anillos y vestido hermoso, música, fiesta, licor. Para ella, fue una boda de ensueño. Bailaron hasta el amanecer y Edwin se salió con la suya, había una excusa y dinero para celebrar. Ese fue el Edwin que la familia conoció,

alegre, familiar, bailarín y bondadoso. Le gustaba ayudar a las personas y por eso creó una fundación que llevaba su nombre. Donaba sillas de ruedas, bastones, prótesis, andaderas y otros objetos para las personas con discapacidad y de bajos recursos, pero al final no funcionó. El hombre que puso a cargo de la fundación lo estafó.

Edwin nunca dejó de ayudar a su mamá. Desde los 11 años de edad cuando comenzó a trabajar, todo el dinero que conseguía era para ella. No se quedaba con nada, solo con lo que la señora Eloísa le dijera. Trabajaba en lo que fuese solo por verla más tranquila, y para que sus hermanos menores no pasaran por lo que él había pasado. Quería que todos estudiaran, que se prepararan para la vida porque no era nada fácil.

“El Inca” comenzó a ganar dinero cuando se convirtió en un referente dentro del boxeo nacional e internacional, cuando las personas abarrotaban las páginas de Internet donde pasarían sus peleas no televisadas, cuando las casas de apuestas veían su nombre en todos lados. Llegó el momento de tener lo que tanto había esperado, lo que siempre quiso y sus padres no pudieron darle. Lo primero que hizo fue decirle a la señora Eloísa que dejara de trabajar. No quería verla más nunca vendiendo una fruta, un helado, un pote de comida o cosiendo ropa. Le prometió que le iba a comprar hasta la ropa interior, y así fue mientras estuvo vivo. Mensualmente le depositaba parte de lo que ganara, así fuese 100 bolívares.

Una de las primeras cosas que hizo cuando empezó a ganar dinero fue comprar una casa grande y bonita en La Lagunita, sector más alto de La Palmita, pero no quería tener a su mamá lejos de él cuando iba a Mérida, por lo que también compró la casa que estaba justo al lado, mucho más cómoda que la anterior. Eso garantizó que la señora Eloísa le hiciera todos los días unas ricas arepas para el desayuno y que sus hijos estuviesen cerca de la abuela consentidora, tan consentidora que, a la hora de dormir, lloraban para quedarse con ella y no pasar a la casa con Edwin y Carolina. Así fue siempre. Cuando la familia Valero Finol llegaba a La Palmita, los pequeños se quedaban con la señora Eloísa. El amor de abuela ganó el combate.

La casa ubicada en Bolero Alto, donde la señora Eloísa dio a luz a Edwin, era propiedad de la persona que la compró cuando se mudaron a La Palmita alejándose de la familia de Domingo Valero, pero Edwin la quería de nuevo. Ese fue su hogar los primeros años de vida, donde vivió momentos felices junto a sus hermanitos, correteando, llenándose de tierra, montándose en árboles. Además era el único hijo del matrimonio, que por circunstancias de la vida, había nacido en esa casa y no en un hospital. Insistió tanto que finalmente la compró. No iba a mudarse a esa propiedad, pero tenía la satisfacción que era suya y de nadie más, como un trofeo, un premio por trabajar tan duro.

Edwin sabía que no iba a boxear toda la vida. En algún momento su cuerpo no iba a aguantar tantos golpes, tanto esfuerzo y entrenamiento. Por eso, quiso invertir el dinero en algo que diera muchas ganancias, y sabía que en Mérida, como en todo el país, las fiestas son prácticamente una necesidad para las personas. El venezolano es rumbero de nacimiento, y espera ansioso que llegue el fin de semana para bailar, tomar alcohol y disfrutar en cualquier esquina donde haya ambiente de fiesta. “El Inca” consultó con alguien de su entera confianza, una persona que jamás lo traicionaría, el hijo de vida que ayudó a criar con apenas once años, su hermano menor, Luis.

Luisito –como lo llaman en la familia- le aconsejó a Edwin que comprara un club familiar ubicado en La Palmita, llamado La Rondalla, uno de los pocos lugares con piscina, cancha de bolas criollas, parque infantil, que hay en la zona y en todo El Vigía. Un lugar perfecto para que la familia pase un fin de semana diferente, y para que en la noche, los adultos se diviertan un rato con música y alcohol. Edwin hizo lo que le pidió Luis, La Rondalla era parte de sus bienes.

La propiedad tenía un anexo, una casa pequeñita, donde Edwin, Carolina y los bebés se quedaron un tiempo, pero era muy incómodo. No era lo suficientemente grande para vivir tranquilamente, así que regresaron de nuevo a la casa. La Rondalla funcionó por un tiempo. Un primo de los Valero era el encargado de manejar el negocio, pero luego Edwin lo despidió, y molesto incendió el techo del local que era de paja, así como las cabañas de playa, con un aspecto natural y sencillo. Después de eso, el local no abrió las puertas a los pobladores de La Palmita ni a los de El Vigía.

“El Inca” tenía grandes planes con su negocio. Vivió en Estados Unidos un tiempo y trajo a Venezuela un plan ambicioso para remodelar La Rondalla. Según Luis, era un proyecto único en el país, que solo lo había en Norteamérica. Por eso iba a ser un éxito, pero nuevamente un deseo de Edwin, así como la fundación, no terminó como lo esperaba, pero nunca se quejó. Era muy cerrado y no contaba sus problemas, menos cuando visitaba La Palmita. Él quería disfrutar, olvidarse de las peleas y los rigurosos entrenamientos. No quería perder tiempo quejándose.

Edwin no olvidó la comida que le preparaba su mamá. Le encantaba la arepa con sardina, la arepa de trigo, muy popular en los estados andinos, pero su comida favorita era el pollo guisado de la señora Eloísa.

Valero regresaba de pelear en Estados Unidos en el año 2003, otra pelea ganada por nocaut, pero no quería que la familia supiera. Tenía que ser una sorpresa. Luis era el único que estaba al tanto de todo porque lo iba a buscar al aeropuerto, pero no aguantó y le dijo a su mamá que su hermano iba a llegar pronto. La señora Eloísa lo preparó todo, una bienvenida perfecta.

El campeón finalmente llegó luego de pasar por Estados Unidos, México, Caracas y Mérida, y con mucha hambre. El hambre que pasó antes de la pelea, más el hambre del viaje se acumularon y llegó a La Palmita como un perrito callejero, pero recibió un gran premio, mayor al que había ganado en la pelea. Su madre, la que siempre se preocupaba por él, lo esperaba con su plato preferido: pollo guisado con arroz.

A pesar de no olvidar algunas costumbres de su niñez y de su pueblo, la fama llegó a la vida de Edwin. La fama por ser uno de los mejores boxeadores del país, y la fama por ser amigo del expresidente Hugo Chávez. Quien no lo conociera por sus peleas dentro del cuadrilátero, lo conocía por jugar a caerse a golpes con el presidente en cadena nacional de radio y televisión, en la cual el mandatario le entregó la Orden del Libertador en su Tercera Clase por ser un joven triunfador y luchador. Todos sabían quién era Edwin “El Inca” Valero Vivas.

CAPÍTULO II. LA PELEA QUE NUNCA SE DIO

— ¿Por qué no demuestras en el ring que sabes boxear y no solo pegar?, preguntó decepcionado el entrenador Zerpa.

— Porque ese que está arriba esperándome para pelear, le quiere quitar a mis hijos el pan de la boca. Por eso subo a matar, respondió convencido “El Inca” Valero.

No había espacio para un carro más, para una persona más o para un par de ojos más. Parecía que todos los habitantes de El Vigía salieron a recibir a su paisano, al niño que la mayoría vio crecer entre frutas, ajos y guantes, al campeón mundial superpluma de la Asociación Mundial de Boxeo, Edwin “El Inca” Valero.

Música, gritos, felicidad. Las cornetas no dejaron de sonar. Por fin llegó Edwin con su cinturón pesado de cuero negro y coronas doradas. El estadio Ramón “El Gato” Hernández fue su tarima de presentación. La ciudad gritaba su nombre, y él emocionado, con una sonrisa de oreja a oreja, mostró su trofeo orgulloso.

La pelea llegó al décimo round. Valero soltó los últimos golpes y el panameño Vicente “El Loco” Mosquera no aguantó más. Se fue a su esquina a quejarse del dolor. El combate estaba decidido, “El Inca” era el nuevo campeón. Orgulloso, el profesor Oscar Ortega subió al ring y lo abrazó, así como su entrenador Jorge Zerpa. Consiguió la pelea 20 por nocaut, sin ninguna derrota.

Edwin llegó a Panamá una semana antes del combate porque así lo exigió la productora del evento. Él no quería que fuese de esa manera, pero habían intereses de por medio y tuvo que aceptar. Le pidió a Oscar Ortega que lo acompañara. Quería sentir de cerca su apoyo, como siempre. Desde que llegó al país centroamericano la prensa lo daba perdedor. Tenía todo en su contra, el público, las apuestas, los medios de comunicación y un rival que no lo dejaba en paz. Las pocas veces que se encontraron antes de la pelea, Mosquera lo amenazó. Le dijo que iba a acabar con él y con su entrenador si era necesario. Edwin nunca respondió. No se dejó llevar por el juego psicológico del panameño. Estaba seguro de sus aptitudes, y, en el fondo, sabía que iba a ser el ganador.

No hubo momento para descansar. La habitación del hotel se convirtió en un gimnasio improvisado. Los entrenadores levantaron las camas, las recostaron contra la pared y en ese espacio Edwin hizo sus ejercicios. Todo esto después de correr una hora alrededor del hotel todas las mañanas. La prensa insistió en hacerle una entrevista, pero Zerpa no lo dejó. Él tampoco quería. Se concentró hasta la noche del 5 de agosto de 2006, cuando el réferi le levantó la mano, indicando que era el nuevo campeón mundial.

Edwin saltó al profesional con Manuel Sayago como entrenador, pero quería estar en las manos de Jorge Zerpa, viejo entrenador con mucha experiencia, y así fue. Sayago tenía muchos boxeadores en su grupo y aceptó la propuesta de Edwin. Aunque ya “El Inca” había entrenado con Zerpa sin que Manuel se diera cuenta.

“El Inca” llegaba todos los días a practicar en un galpón que le pertenece al Estadio Brígido Iriarte. No es un gimnasio normal, donde están acostumbrados a practicar los pugilistas profesionales. Es un cuarto amplio, con poca iluminación. Tiene un ring sencillo, uno o dos sacos de boxeo colgados del techo, dos bancas de madera largas para colocar las pertenencias y unos espejos que cubren la pared del fondo. Ese fue el campo de entrenamiento de Edwin Valero por mucho tiempo, lugar que lo preparó para conseguir, más adelante, un récord mundial.

En el 2003, tiempo después de casarse y tener su primer hijo, Edwin quiso probar suerte en Estados Unidos. Óscar de La Hoya, excampeón mundial, y uno de los boxeadores más famosos del mundo, lo vio pelear y quiso que formara parte de su empresa Golden Boy Promotions. Joel de La Hoya, padre de Óscar, quien se encargaba de cazar talentos en todo el mundo, también formaba parte del negocio.

Valero había noqueado a ocho rivales en el primer round y de manera consecutiva. En el 2002, sus víctimas fueron Eduardo Hernández, Alirio Rivero, Luis Soto, Julio Pineda, Edgar Mendoza, Darío Julio, Danny Sandoval y Luis Soto. Estos dos últimos cayeron en dos oportunidades cada uno. La pegada poderosa de “El Inca” quería más nocauts, pero necesitaba algo más importante que ganar peleas en Venezuela, y era la internacionalización. Quería demostrarles a los promotores de Golden Boy que tenía talento de sobra.

Con mucho miedo viajó a Los Ángeles, California. No tenía temor por conocer otro país, sino porque odiaba los aviones. Cada vez que viajaba le decía a su hermano Luis que si el avión se caía, él era el encargado de cuidar a su familia y de manejar los bienes. Rezaba todas las oraciones que sabía cuando el motor rugía, y apretaba fuerte la mano de su esposa, o de quien lo acompañara. La muerte era uno de sus grandes miedos, dicen que su *único* miedo.

Llegó a Norteamérica con su esposa y el pequeño Edwin. Otro lugar, otra cultura, otra manera de vivir, y logró lo que quería, demostrar en el ring que podía seguir triunfando en cualquier parte del mundo.

El primero en ser liquidado fue Emmanuel Ford el 19 de julio de 2003. Un mes después, y con el mismo desenlace, le tocó el turno a Roque Cassiani. Todos querían verlo pelear, el país quiso vibrar nuevamente con unos de sus combates. Era el pugilista de momento, el merideño aniquilador, la dinamita más explosiva, y sin dudas ese se convirtió en su segundo apodo: Edwin “Dinamita” Valero.

El gimnasio don José Baracasa explotó. Estaba de nuevo en Caracas el muchacho de los puños ágiles y piernas rápidas. Se iba a enfrentar a Alejandro Heredia. No hubo sorpresas, pero sí mucho morbo. Por décima vez consecutiva, la pelea duraba los pocos minutos del primer round. Valero lo hizo de nuevo ese 27 de octubre.

Volvió a Estados Unidos, con más ganas de pelear, de seguir ganando dinero, así fuese poco. Faltando quince días para celebrar el fin de año, “El Inca” subió al cuadrilátero a enfrentar a Tomás Zambrano. El Hotel Marriot en Irvine, California, fue el escenario del último nocaut que el venezolano diera en las manos de Golden Boy Promotions. Tiempo después rompió relaciones con los de La Hoya.

Edwin dejó una agenda, una especie de diario que escribió mientras se encontraba en California. Su familia la encontró meses después de su muerte, y nunca imaginaron que la pobreza lo acompañó mientras estaba lejos de su mamá y de sus hermanos. No les pasó por la mente que su estrella estaba atravesando una situación difícil en el país del sueño americano.

En las líneas del diario, Edwin escribió con tristeza lo que pasó en California junto a su familia. Al salir de entrenar tenía que usar su carro como taxista para ganar algo de dinero. Debía pagar alquiler, comprar comida y todo lo necesario para su esposa y su bebé. Su entrenador en Estados Unidos, Joe Hernández, era el encargado de entregarle el sueldo que los de La Hoya cancelaban, pero, en varias oportunidades, ese dinero nunca llegó a los puños de Valero.

Hubo días en que el hambre fue protagonista, días que no probaron un bocado de comida. Noches sin pañales para el pequeño Edwin, noches de llanto y desesperación. Valero dejó muchas deudas en el norte. En varias oportunidades tuvo que pedir prestado para comprar lo necesario, pero no todo fue malo. Dentro del túnel oscuro en el que se encontraba, una pequeña luz iluminó de nuevo el camino: era la mirada de su niña, la pequeña Roselyn Valero Vieira, quien nació en California como el más dulce de los secretos. Solo la señora Eloísa sabía que Carolina iba a tener un nuevo bebé.

“El Inca” se encontraba en la sala de partos con su pequeño hijo en brazos. No había nadie más, ni gritos de familiares emocionados, ni un globo con la frase “es una niña”. Solo él y su bebé dormido. Carolina se encontraba al otro lado del vidrio, sudando, respirando fuerte, pariendo a su segundo hijo. Edwin sacó fuerza de su interior para mantenerse de pie sosteniendo al pequeño, como la fuerza que empleaba en sus combates. Ver a su esposa parir no le agradó, todo lo contrario, casi le provoca un desmayo.

En La Palmita y El Vigía conocieron a la niña seis meses después de su nacimiento. Todos quedaron sorprendidos cuando vieron a la pequeña. Tenía los mismos rasgos que Carolina: cabello negro azabache, piel morena, ojos pequeñitos. El matrimonio Valero Vieira ya tenía la “parejita”. Un varoncito muy parecido al papá, y una niñita similar a la madre.

Edwin no aguantó la difícil situación en Estados Unidos y regresó a Venezuela. No eran dos, ni tres, eran cuatro personas en un país extraño y sin oportunidades. A pesar que “El Inca” ya tenía fama dentro del cuadrilátero, aún no ganaba dinero suficiente para vivir tranquilamente.

Su carrera recibió un gancho en la cara, nuevamente. Barry Jordan, médico perteneciente a la Comisión Atlética de Nueva York, le prohibió rotundamente a Valero pelear en Estados Unidos. Según el especialista, Edwin tenía consecuencias físicas por el accidente de tránsito que tuvo en su adolescencia. Fue un golpe bajo, de esos que sacan el aire. Estados Unidos es la plaza perfecta para los pugilistas, todos sueñan con pelear en uno de sus rines.

Edwin paró su carrera por un año y medio. Esperó que Óscar de La Hoya y otros contactos que tenía en Norteamérica abogaran por él, pero no pudieron hacer nada. Hay quienes piensan que la prohibición de pelear en el país de Muhammad Ali fue por la inclinación política de Edwin, favorable al expresidente Hugo Chávez. Tanta era su admiración por Chávez, que Edwin subía a pelear con la imagen del exmandatario en la pantaloneta. Más adelante, no se vería la cara de Chávez en el short, sino en el pecho del merideño, tallado en un tatuaje.

“El Inca” logró salir de la arena movediza de nuevo. No quedó de brazos cruzados y quiso seguir en combate, regalando pegadas noqueadoras, fulminantes. Se dio cuenta que existían decenas de países para pelear con aprobación médica, y regresó al cuadrilátero haciendo lo que mejor sabía, noquear en el primer round a su oponente.

Su regreso triunfal fue en Argentina el 21 de mayo de 2005. No le tomó más de tres minutos noquear a Hernán Abraham Valenzuela en el Campeonato “Nocaut a las drogas” que se realizó en Buenos Aires. Dos meses después, acabó con Esteban de Jesús Morales en el Gimnasio Roberto Durán en Panamá, pero quería más, y solo cuatro semanas más tarde le tocó el turno a José Hernández en el Círculo Militar de Maracay. Edwin, de nuevo, dejó boquiabiertos a los escépticos, aquellos que no creyeron que podía volver a combatir.

Valero seguía encantando a periodistas, fanáticos y promotores. Uno de ellos, el empresario japonés Akihiko Honda, lo firmó en septiembre del mismo año. Si no podía pelear en Estados Unidos, debía conseguir otras plazas y Japón, así como Panamá, es uno de los países más interesados en el boxeo. El japonés no fue defraudado: en su estreno en el país del Sol Naciente, Edwin noqueó a Hero Bando, como a los anteriores, en el primer round. El nipón se convirtió en el rival 16 en la

lista de “Dinamita” Valero. Gilberto Mendoza, presidente de la Asociación Mundial de Boxeo, también intervino en ese nuevo comienzo para Valero. Abogó por el muchacho. Sabía que era un buen peleador y por eso merecía una nueva oportunidad.

La fama de Valero llegó a Japón. La prensa japonesa no lo perdió de vista. Estaban sorprendidos por su tenacidad al momento de entrenar, sin cometer algún error o sin pasar el límite de lo prohibido. Durante su carrera respetó a cabalidad las normas del boxeo. Deportivamente, se comportó con Jorge Zerpa de la misma manera que lo hizo con Óscar Ortega y con Manuel Sayago: muy respetuoso, sin alzar la voz, sin insultos, sin una mala palabra, y con la misma energía, con la misma fuerza que tuvo desde que nació.

El profesor Zerpa sonríe jocosamente cuando recuerda los entrenamientos con Valero. “Llegaba todas las noches a mi casa y le pedía a mi esposa que me colocara compresas en los hombros porque había guanteado con Edwin, y sus golpes eran tan fuertes, que hasta yo sentía las consecuencias”, comenta Zerpa, quien advierte que así fue durante muchos años, hasta que rompieron relaciones laborales.

Dos días después de cumplir 24 años, el 5 de diciembre de 2005, llegó un nuevo escenario, una nueva plaza para Valero y un nuevo lugar por conocer: Francia. Entre la Torre Eiffel, el Arco del Triunfo y los parisinos románticos enfrentó al armenio Aram Ramazyan en el Palais Omnisports. El trabajo duro y el sacrificio en los entrenamientos mostraron frutos otra vez. Un nuevo nocaut en el primer asalto, uno más en su lista.

En los primeros meses del año 2006, Edwin se preparaba para enfrentar en Venezuela, específicamente en Turmero, al panameño Whyber García. Ese día rompió un record mundial. Desde el 9 de julio de 2002 hasta el 25 de febrero de ese 2006, Edwin peleó 18 veces y en esas 18 peleas noqueó a su rival en el primer round. Ningún boxeador había logrado esa marca desde 1905, la cual estaba en manos de Young Otto, pero 101 años después, el merideño escribió su nombre en el libro de records. Dos años duró el logro en los guantes de Valero.

El 8 de marzo de 2008, el estadounidense Tyrone Brunson consiguió 19 nocauts consecutivos en el primer asalto, aunque algunos críticos de boxeo desmeritan su logro. “Valero dejó sus primeros 18 oponentes en la primera ronda, y tan malo como algunos de ellos eran, ni siquiera se comparan con los fiambres que presenta la hoja de vida de Brunson”, así lo escribió de manera tajante Marcos Vester en la página Web boxingescene.com.

Las miradas de miles de venezolanos estaban puestas sobre Edwin Valero. Ningún compatriota había logrado una marca parecida. Eso dio como resultado que muchos jóvenes se interesaran en el deporte de los puños. Querían imitarlo, ser como él, llegar muy lejos, pero para lograrlo debían tener la resistencia física de Edwin, las ganas de luchar y de dejar su nombre entre los mejores.

Todos sus familiares, entrenadores, apoderados y boxeadores que lograron convivir con él se unen en una misma frase: “El Inca” tuvo éxito por su forma de entrenar. No existía algo más sagrado que su trabajo. No podía descuidar lo que lo había llevado a ser alguien tan admirado dentro del cuadrilátero. Todos los días corría, corría hasta que no pudiera más. “¿Sabes cuándo corres tanto, pero tanto, que te dan ganas de vomitar? Mi hermano se detenía a vomitar, cuando terminaba seguía corriendo. Decía que no podía parar o perdía la pelea”, dice Luis con los ojos muy abiertos, sorprendido, como si lo estuviese viendo en ese instante.

Luis, con mucho orgullo, asegura que su hermano pudo ser el mejor en cualquier deporte, como por ejemplo en ciclismo o atletismo. Corría muy bien y manejaba buenos tiempos. En diciembre del año 2009 participó en un maratón organizado por el diario Líder y la Unicef en la ciudad de Caracas. Salió de la meta con el número 1.448 estampado en su camiseta blanca. Se ubicó en el primer lugar de la categoría libre en la que estaba inscrito y en el séptimo lugar de la carrera general con tiempo de 25 minutos y 14 segundos.

Edwin moría por una taza de café, una ensalada de tomate con cebolla, por plátano verde con mantequilla, y por supuesto, por el pollo guisado de su mamá. Como buen atleta, comía muchísimo, pero cuando llegaba la preparación antes de una pelea dejaba todos esos gustos a un lado. Cero café y cero alcohol. Comía lo que le indicaba su entrenador. En los días previos a un combate no comía nada,

solo masticaba chicle y escupía, todo eso para llegar al peso requerido. A su cuerpo le costaba mucho hacerlo, pero con la determinación que Edwin tenía siempre lo lograba.

Pero el mal humor se apoderaba de él. A pesar de que cumplía con todas las exigencias, no le gustaba hacer eso. Le molestaba estar lejos de su familia, pasar hambre. En ocasiones no podía bañarse, esto con la intención de que el cuerpo no absorbiera agua. No se le podía hablar cuando el mal genio lo controlaba. Fueron días difíciles, llenos de sacrificios, y que solo culminaban con un final feliz cuando el árbitro levantaba su mano dándolo como ganador de la pelea.

Solo un mes después de romper el récord mundial, Edwin se enfrentó al mexicano Genaro Trazancos en Japón. La pelea estaba pautada para seis asaltos, debía ser rápida, y así fue. “Dinamita” Valero noqueó a Trazancos, pero no en el primer round como sus 18 peleas anteriores. Esta vez lo hizo en la segunda ronda. Se acabaron los nocauts en los primeros tres minutos del combate para Valero, pero esto no fue un bajón en su carrera, solo había peleado 20 asaltos en 19 peleas. Después de este enfrentamiento vino lo mejor.

Llegó el combate esperado, “El Loco” Mosquera defendía por segunda vez el título súperpluma de la AMB. El Figali Convention Center en la Ciudad de Panamá explotó cuando presentaron a su campeón. Edwin iba por su primer título. Lo acompañaba la imagen del presidente Chávez estampada en la pantaloneta, con su uniforme militar y la boina roja. Para todos, Mosquera era el ganador, pero en el minuto dos del décimo asalto, el equipo del panameño detuvo la pelea cuando se dieron cuenta que no daba para más. Edwin levantó sus guantes rojos y gritó de la emoción. La pelea más difícil hasta el momento había terminado y por primera vez en su carrera obtenía un título mundial. El Vigía, La Palmita, Bolero Alto y toda Venezuela estaba de fiesta y lo recibirían como un héroe.

Vicente Mosquera quedó muy afectado por la derrota en su país. Los panameños lo señalaron en muchas ocasiones. Inclusive, un mes luego del combate se le acusó de asesinato. Duró un año preso, pero luego quedó libre de cargos.

Edwin demostró cuatro veces que ese cinturón no lo había ganado en vano. Lo defendió en la misma cantidad de oportunidades. El 3 de enero de 2007 viajó a

Japón nuevamente y enfrentó a Michael Lozada. Se montó al cuadrilátero con ganas de noquear, y así lo hizo. En el primer asalto su contrincante ya estaba en la lona. Cuatro meses después en el mismo escenario combatió contra Nobuhito Honma, pero la pelea duró ocho asaltos. Al final, Edwin fue el vencedor por nocaut técnico. En el cuarto asalto de ese combate, el profesor Zerpa quiso ajustarle las vendas, pero este se negó y pidió que lo hiciera Sendai Tanaka, entrenador japonés y parte de su cuerpo técnico. Al final de la pelea, no aguantaba el dolor en las manos, Zerpa lo regañó y comenzaron los problemas entre ellos.

Luego de esa pelea se rompió la relación profesional entre ambos. Zerpa aún no sabe qué pasó para que Edwin se alejara de él. “Pienso que Edwin ya estaba seguro de sus habilidades y sintió que no le hacía falta, o no quiso seguir pagándome el 10% de la bolsa”, comenta el entrenador ladeando la cabeza y con gesto interrogante. Zerpa, con un tono de voz bajo y triste, afirma que el boxeo está lleno de malagradecidos, a pesar de que los entrenadores se convierten en padres, psicólogos y amigos.

El 2007 iba a terminar para Edwin como un año de logros en lo profesional y en lo económico. Ya veía el fruto del sacrificio y del éxito. Sus peleas generaban buen dinero, y eso lo impulsaba a ser cada día mejor. El 15 de diciembre de ese año la Plaza de Toros de Cancún lo recibió para pelear contra Zaid Zavaleta. El combate estaba programado para 12 asaltos, pero a Edwin solo le tomó tres rounds terminar con la pelea. Al final del combate, dijo públicamente y por primera vez, que le gustaría enfrentar a Manny Pacquiao.

La situación económica de Edwin mejoró. Sin embargo, nunca se olvidó de las personas que lo ayudaron. Siempre quería tener cerca a Oscar Ortega, era un pilar fundamental en su carrera, y a pesar de que Ortega no le exigió dinero por eso, Edwin le regaló efectivo en varias oportunidades. Luego de la pelea en México, le dio 1.000 dólares y en una de las peleas en Japón, le otorgó 1.200 dólares.

Manuel Sayago también recibió el agradecimiento de Edwin. “Hubo un diciembre que no podía comprarle la ropa y los regalos a mis hijos y Edwin me regaló siete mil bolívares. Lo sacó de la guantera de su carro y me dijo: ¿es suficiente, profesor?”. Sayago recuerda que lloró de la emoción porque no había

tenido esa cantidad de dinero en las manos. Está seguro que su muchacho tenía un buen corazón.

Edwin estando en Caracas organizaba parrillas para sus compañeros del cuadrilátero. Compraba whisky “del bueno” para todos. En uno de esos encuentros le obsequió a Sayago 150 dólares. Siempre le agradeció por haber movido cielo y tierra para que su esposa se mudara a Caracas junto a él cuando comenzó en la rama profesional.

En el 2008 solo tuvo una pelea para seguir defendiendo el título superpluma, y fue contra Takehiro Shimada en Tokio el 12 de junio. Ganarle en siete rounds al japonés y nuevamente por nocaut, le reforzó la idea a Edwin de buscar otra categoría. Estaba listo para enfrentar un nuevo reto. Quería colgarse otro cinturón de campeón.

Finalizando ese año, Óscar de La Hoya se enfrentaría a Manny Pacquiao. Muchos la consideraron la pelea del año. Dos grandes peleadores se verían las caras en Las Vegas. El filipino, noqueador del momento, es zurdo y con una pegada fuerte, igual que Edwin. Por eso de La Hoya quiso que Valero fuera parte de su *sparring* y lo contrató por cuatro semanas para las prácticas, pero “El Niño de Oro” no pudo con el venezolano en los entrenamientos. Edwin lo noqueó en ocho rounds y le hizo un morado en un ojo. Solo estuvo dos semanas contratado. Lo despidieron porque de La Hoya necesitaba un peleador menos fuerte.

“A Óscar no le gusta correr y cómo va a ganar una pelea así. Dura hasta cuatro días sin trotar, y según es para que no se sobrepase en los entrenamientos. Pienso que va a perder por nocaut y luego de eso debería retirarse”, comentó Edwin en una entrevista para BoxeoMundial.com. El estadounidense se retiró en el octavo asalto y Pacquiao fue el vencedor. Esa fue la última pelea para de La Hoya en su carrera profesional.

Amarillo, azul, rojo, ocho estrellas y el rostro del presidente Hugo Chávez grabados en el pecho de Edwin Valero para siempre. La frase “Venezuela de verdad” acompañaba ese dibujo criticado por muchos y alabado por otros. En cada

pelea de “El Inca” estaría la imagen de Chávez llena de sudor, recibiendo golpes y sangre.

Edwin se realizó el tatuaje en Las Vegas, meses antes de la pelea con Antonio Pitalúa. Su admiración por el presidente de turno era infinita, inclusive, eran amigos personales. Tenía acceso directo al teléfono celular del mandatario, y lo podía llamar cuando quisiera. Zerpa recuerda que en varias ocasiones, el merideño paraba los entrenamientos para hablar con Chávez. Muchas veces la llamada duró más de una hora.

La señora Eloísa también es fiel seguidora de Chávez. Recuerda con cariño y con las mejillas rosadas cuando lo conoció. El Presidente con una sonrisa pícara le pidió que se casara con él para así convertirse en el nuevo padre de Edwin. Los niños recibieron de regalo un muñeco de Chávez con su uniforme militar y la boina roja, mientras que a Eloísa le obsequió un juego de vajillas muy bonito. Como recuerdo de ese día especial para la familia, en la casa de la madre de Edwin hay un pendón gigante donde aparecen retratados junto a Chávez. Fácilmente el afiche pudiera ocupar una pared completa. Ella lo muestra con orgullo y no duda en decir que fue uno de los mejores días de su vida.

Edwin estaba acostumbrado a pelear con la imagen de Chávez en la pantaloneta. Ninguna empresa que organizaba las peleas le decía que no podía hacerlo, pero según su hermana Yineth, para la pelea con Pitalúa, que se realizó en Texas, los promotores no querían que “El Inca” peleara con la imagen de Chávez en el short. Edwin muy molesto, meses antes del importante combate, se hizo el polémico tatuaje en Las Vegas. “Vamos a ver si ahora me van a decir que me arranque el tatuaje del pecho para poder pelear”, dijo molesto, lleno de ira y retando a todos los que quisieron imponerle la prohibición.

El cuerpo del campeón ya tenía dos tatuajes, uno en cada brazo, muy cerca del hombro. En el derecho la imagen de Cristo crucificado, agonizando, mirando al cielo entre destellos. En el izquierdo, la Virgen de Coromoto, patrona de Venezuela. A pesar de su imagen ruda, intimidante y fuerte, Edwin nunca perdió la fe y siempre se consideró una persona católica.

Luego de 11 peleas y un título mundial en la cintura, Edwin “El Inca” Valero volvió a la casa del boxeo, a la caja registradora de los pugilistas, donde está el mejor público, los mejores periodistas especialistas en el cuadrilátero y las mejores plazas: Estados Unidos. Dejó atrás la categoría superpluma y ahora iba por el peso ligero contra el colombiano Antonio Pitalúa. Todo esto, en busca de un combate con el noqueador del momento, Manny “Pacman” Pacquiao.

Edwin sabía que la pelea iba a ser difícil. En varias entrevistas afirmó que el colombiano era un peleador fuerte y agresivo, pero estaba seguro de su trabajo y no iba a dejar que Pitalúa o cualquier peleador que le colocaran al frente le anotara a sus estadísticas la primera derrota de su carrera.

“El Inca” subía al cuadrilátero con ganas de acabar a su oponente, pero en muchos combates peleaba “abierto”, sin protegerse, con la cara arriba, fácilmente podían darle un golpe en la quijada o en la tráquea que lo mandara directo a la lona. Algunos fanáticos del boxeo desestiman su talento por esa manera de pelear, le colocan cero en defensa.

Ortega, Sayago y Zerpa coinciden en que Valero era mejor boxeador que pegador, a pesar de que su puño noqueó a los 27 oponentes, pero había una razón para no demostrar en el ring lo aprendido en las prácticas, y es que quería acabar con su rival: sabía que en cualquier momento iba a llegar el golpe triunfante. Edwin les comentó en varias oportunidades a sus entrenadores lo que le preocupaba, y era perder lo obtenido hasta el momento. Salió de abajo gracias a su sacrificio, a sus ganchos, a sus rectas, a sus jabs, a sus nocauts y no iba a dejar que nadie le quitara lo que había logrado en tantos años, y contra Pitalúa no iba a ser la excepción.

Una pita fuerte se escuchó cuando el animador del combate gritó el nombre de Valero en el Frank Erwin Center de Texas. Jennifer Carolina aplaudió desde las gradas con cara de susto, la misma que tenía en todas las peleas, mientras Edwin saltaba en su esquina, calentando, esperando el sonido de la campana junto a Roberto Alcázar, su nuevo entrenador.

La mano derecha del colombiano movió el protector bucal amarillo, azul y rojo de Valero terminando el primer asalto. Cada uno se fue a su esquina a recibir las órdenes de sus entrenadores, pero “El Inca” estaba molesto, no le gustó el golpe de

Pitalúa y cuando solo transcurrieron ocho segundos del segundo round, un derechazo del merideño mandó al rival a la lona.

Mareado, con la mirada perdida y apoyándose en las cuerdas se levantó Pitalúa para seguir con el combate. El réferi le preguntó si podía continuar y afirmó caminando hacia delante, pero su mente estaba en otro lugar. Edwin no perdió tiempo y lanzó una ráfaga de golpes, como 15 a la velocidad de la luz. El colombiano cayó al suelo de nuevo, reclamándole al árbitro que se resbaló porque le echaron agua, pero el trabajo estaba hecho. El venezolano controló la pelea a su antojo y de nuevo lo llevó a las cuerdas. Lanzó la misma ráfaga y el árbitro tuvo que intervenir. Pitalúa no se pudo levantar por algunos segundos, fue un nocaut fulminante.

Edwin se fue a una de las esquinas del cuadrilátero como una fiera. Sus puños, con el color de la bandera, golpeaban con fuerza su pecho. Alcázar lo montó en hombros y como un héroe recorrió el ring para que el público americano lo viera. Era lo que estaba esperando desde hacía mucho tiempo.

Su pantaloneta tricolor combinaba con el protector bucal, los guantes y con el tatuaje en su pecho. Tenía a Venezuela por todos lados. No quedaba duda cuál era su país y a quién le dedicaba el triunfo. Los flashes llegaron. Todos querían fotos con el nuevo campeón, y con aquel cinturón de cuero verde y un círculo dorado, lleno de banderas, brillante. La Comisión Mundial de Boxeo tuvo un nuevo campeón en la categoría peso ligero el 4 de abril de 2009.

En el José María Vargas de La Guaira no cabía un alma. Las entradas se habían agotado el día anterior en tan solo dos horas. Un eco ensordecedor retumbaba en todo el recinto. Estaban allí para ver pelear al criollo del momento, al noqueador, al campeón Edwin Valero. Llegó el momento de defender el título frente al mexicano Héctor Velásquez, pocos días antes de la navidad y de recibir el año 2010, el 19 de diciembre.

“El Inca” portaba su pantaloneta tricolor, con la palabra “Venezuela” en la parte trasera y los guantes de siempre. Era la primera vez que el público coreaba su nombre de tal manera. El piso vibraba, no se sabe si por la emoción de la gente o por los golpes que el merideño le estaba dando al mexicano.

Los primeros dos asaltos no fueron buenos para Edwin, pero a partir del tercero dirigió la pelea como quiso. Ya en el sexto, era dueño y señor del cuadrilátero. Nuevamente sus ráfagas fortísimas destruyeron al rival, lo mandaron al piso, pero no fue hasta el séptimo round cuando el cuerpo técnico de los mexicanos decidió no seguir peleando. El José María Vargas explotó, así como la garganta de los fanáticos. Banderas venezolanas ondeaban por doquier, se enredaban en las manos de los desesperados emocionados que saltaban sin parar, coreando el nombre de Edwin Valero mientras era cargado por su nuevo entrenador, Mario Morales.

Podrían pasar diez entrenadores por el cuerpo técnico de Edwin, pero Oscar Ortega estaba presente, como casi siempre, y se fundió en un abrazo por varios segundos con su muchacho. Fue un abrazo de verdad, no de esos que se dan por la euforia del momento. Edwin lo abrazó con cariño, le dijo algunas palabras al oído y le dio varios besos en la mejilla, así como el abrazo y el beso de un hijo hacia su padre.

Más de 20 mil espectadores veían en el ring al mejor boxeador venezolano del momento, 26 peleas y 26 victorias, todas por la vía del nocaut. Ya lo divisaban como uno de los mejores del mundo. Sus records eran impresionantes, pero lo que nunca se imaginaron es que ese sería el último combate de Edwin Valero en Venezuela.

No había terminado el combate en Vargas, cuando Edwin ya estaba pensando en su próxima defensa. Sería con el mexicano Antonio De Marco en Monterrey, México. “El Inca” buscó de cualquier manera que se le abrieran las puertas nuevamente en Estados Unidos. Tenía tres años sin la licencia y luego de eso, solo había tenido la oportunidad de pisar un cuadrilátero estadounidense en la pelea contra Pitalúa.

México, el país de “los meros machos”, era la plaza indicada para que el mercado gringo se interesara en el merideño, además que De Marco era un buen boxeador, prospecto mexicano y muy egocéntrico. En la rueda de prensa previa al combate, De Marco humilló al venezolano, diciendo que sus *sparrings* eran mucho mejor que el merideño, que no tenía nivel y que lo iba a acabar fácilmente. Edwin

hizo todo lo contrario. Enamoró a la prensa mexicana, habló respetuosamente de su rival y no dio un pronóstico de la pelea. Fue un caballero, como en todos los combates.

El Arena Monterrey estaba listo para ver a los pugilistas. En el ring se prendió la fiesta con un grupo de música regional mexicana que recibiría a De Marco por todo lo alto. En el túnel se veía saltando Antonio, arropado por una bata roja y negra, con un tejido plateado típico del país norteamericano. De su cuello colgaban dos rosarios llamativos, brillantes. Llegó al cuadrilátero y al ritmo de la música calentaba en su esquina. Era el turno de la presentación de Valero.

Del mismo túnel salió el merideño cubierto por una bata tricolor, como todo su arsenal. Esta vez la parte más vistosa de sus guantes era azul, y no roja, adornado con las ocho estrellas. En su cabeza llevaba una cinta blanca con la palabra México, y respetuosamente levantó el puño saludando al público antes de entrar al ring. De fondo, se escuchaba Viva Venezuela, canción de “Un solo pueblo” muy popular en el país. Todo tenía que ver con Venezuela. Su equipo de trabajo mostraba el cinturón verde y dorado que iba a defender.

Presentaron a los pugilistas y se escuchó un coro consistente. El público gritaba “México, México, México”, mientras que un grupo pequeño de venezolanos trataba que se escucharan sus ovaciones a favor de “Dinamita” Valero.

El primer asalto fue para el local. De Marco aprovechó la poca defensa del venezolano y supo conectarle buenas manos. En el descanso, Morales le pidió a Edwin que no se desesperara y que hiciera su trabajo. Sonó la campana del segundo round y faltando un minuto y medio para terminarlo, Valero señaló su frente con el puño, había un problema.

El tatuaje del presidente Chávez estaba bañado en sangre, al igual que toda la cara, el hombro y el abdomen de Edwin. El mexicano le propinó un codazo en la cara y le abrió una herida de dos o tres centímetros. Botaba mucha sangre, tanta, que un médico tuvo que atenderlo y casi detienen la pelea, pero Edwin quiso seguir, se sentía bien. A partir de ese momento, la sangre fue un motor en la pelea para Valero. Herido y ensangrentado siguió con mucha fuerza. No se quejó en ningún momento, ni su rostro demostró dolor. En cada descanso, la toalla de Morales se

empapaba de sangre. Incluso De Marco se llenó del líquido rojo en varias oportunidades.

El noveno asalto fue una pesadilla para De Marco. “El Inca” había descargado todos los golpes de su repertorio y la cara del mexicano estaba completamente hinchada. Sonó la campana y se sentó en su esquina con dificultad para respirar, no aguantó más y detuvo la pelea.

El final del combate se repetía por vigésima séptima vez. Jennifer Carolina, tenía cara de susto por ver a su esposo recibir esa cantidad de golpes, a pesar de que él paseaba eufórico en los hombros de su entrenador, golpeando su pecho, señalándose como el ganador. No quedaba ni una sola duda sobre el talento de Edwin Valero.

De Marco, arrepentido, se acercó al campeón y le pidió disculpas por las palabras que había dicho en su contra, por insultarlo antes de la pelea. Lo abrazó en varias oportunidades y le dio un beso en la mejilla. Edwin sin dudarlo aceptó las disculpas. Como gesto de arrepentimiento, De Marco levantó el brazo de Edwin declarándolo campeón delante de miles de mexicanos y la gente aplaudió por tan respetable gesto.

En una reunión entre venezolanos, si se hablaba de boxeo, salía a relucir el nombre de Edwin Valero. La gente comentaba sus peleas, dramatizaba los nocauts y le buscaban peleadores importantes, entre ellos, el que Edwin estaba esperando, Manny Pacquiao. Las personas pedían con mayor fuerza ese combate. Querían ver enfrentarse a dos zurdos, dos noqueadores, dos hambrientos del cuadrilátero. “El Inca” sabía que para enfrentar a Pacquiao, campeón en seis categorías diferentes, debía derrotar a otros oponentes, pero ese era su fin. Quería regalarle al público un combate de altura, donde las personas luego de pagar una entrada disfrutaran un verdadero espectáculo. Quería partirse la cara con Pacquiao, como una vez lo afirmó. Pero, esa pelea soñada por muchos nunca llegó ni llegará, al menos no en la tierra.

A pesar de los logros, los cinturones y el dinero, llegó un momento de su carrera donde vio el final. Ya no quería boxear, o por lo menos había puesto un límite para hacerlo, así se lo dijo a su familia. No le gustaba estar lejos de su esposa,

de sus hijos, tener que sacrificarse física y psicológicamente para cada pelea. Veía el boxeo como un trabajo, como un medio y no como un fin. Quería boxear hasta los 30 años, luego estar a tiempo completo con su familia, manejar La Rondalla, “rustiquear” y vivir felices para siempre.

CAPÍTULO III. LA PELEA CON LA MUERTE

-“Un boxeador no es un atleta, es un gladiador.

Puedes escuchar a los niños decir ‘juguemos al fútbol o béisbol’, pero no al box”.

George Chambers en el filme *Undisputed*

La gota que derramó el vaso cayó varias veces en la familia de Edwin Valero. El dos veces campeón mundial estaba inmerso en el mundo oscuro del alcohol y las drogas. Nadie sabía cómo había llegado a ese punto. Todos miraban alrededor buscando culpables, alguien que les explicara cómo un deportista con tanto talento estaba en un pozo de arena movediza.

Caballero, respetuoso, amigable y educado. Así era Valero cuando no tenía una gota de alcohol en su sangre, pero todo cambiaba cuando ingería licor. Su personalidad dulce se transformaba en violenta y agresiva. Su familia comenzó a notar un cambio extraño en su actitud, por eso no dudaron en preguntarle si estaba consumiendo alguna sustancia estupefaciente. “El alcohol me cae mal, me pone agresivo. No hay nada más”, era todo lo que respondía el campeón. Su hermano Luis muchas veces le revisó la ropa cuando ya estaba tendido en la cama, borracho y sin poder moverse, pero nunca encontró nada. “Quería saber por qué actuaba de esa manera, tan violento, pero nunca vi algo raro. Siempre se la pasaba conmigo y jamás lo vi drogándose”, comenta Luis molesto, sin entender lo que sucedía.

Angustiada, la señora Eloísa se armó de valor y lo encaró. Necesitaba saber qué le pasaba a su orgullo, pero Edwin le aseguraba que en las pruebas antidoping que le realizaban antes de cada pelea estaba la verdad. Ninguna salió alterada, según su hijo y su apoderado Segundo Lujano, pero las palabras se las llevó el viento cuando su propia madre lo vio consumiendo. Inmediatamente le pidió que se fuera a Cuba donde lo internarían en un centro de rehabilitación, pero él le aseguraba que para eso había tiempo.

Edwin se separó considerablemente de su familia meses antes de su muerte. No confiaba en ellos. Pensaba que le querían hacer daño, sobre todo su hermano Luis, con el que pensó que su esposa lo engañaba. “El Inca” siempre fue celoso con

Jennifer Carolina. No dejaba que ningún hombre se le acercara. Desconfiaba hasta de su propia sombra. Eso, ligado a las drogas y al alcohol, se convirtió en una bomba de tiempo.

Su madre desmiente totalmente el informe que le realizó el psiquiatra forense Javier Piñero Alvarado el 26 de marzo de 2010, donde indica que Edwin consumía alcohol desde los nueve años, marihuana desde los 11, cocaína desde los 12 y éxtasis y crack eventualmente. Valero estaba bajo su cuidado a los nueve años, y nunca lo vio con algún comportamiento que levantara sospechas. Siempre estaba a su lado, en la casa o trabajando. Oscar Ortega también niega esa versión. Mientras Edwin estuvo viviendo en el gimnasio, comiendo en su casa y en su poder como entrenador –a partir de los 12- jamás lo vio en alguna actitud que indicara estar bajo los efectos de la droga o el alcohol.

Tanto Eloísa como Ortega creen que Edwin empezó a consumir drogas cuando llegó a Caracas con la Selección Nacional de Boxeo, pero ninguno de sus entrenadores en la ciudad capital confirma esa versión. Manuel Sayago y Jorge Zerpa afirman que Edwin nunca consumió bebidas alcohólicas, mucho menos droga, mientras era entrenado por ellos. “Una vez hice una reunión en mi casa y le ofrecí a “El Inca” una cerveza. Me miró molesto y me dijo que nunca volviera a ofrecerle licor porque él no tomaba cuando estaba entrenando”, admite Zerpa muy apenado.

El boxeo era su trabajo y lo respetaba a cabalidad, pero algo cambió cuando comenzó a ganar fama dentro del cuadrilátero por su innegable talento, y fuera de él por a relación con el gobierno nacional. Se convirtió en un ciudadano intocable que podía hacer lo que quisiera, sabiendo que no iba a pagar las consecuencias.

Los parientes de Edwin, luego de estar al tanto de la situación, quisieron ayudarlo, pero este no se dejó. Todo lo contrario, se alejó con su esposa y sus hijos, pero no para ser felices, sino para comenzar a vivir el calvario que los llevó a la muerte. El último evento que prendió las alarmas en los Valero fue la agresión física que sufrió Carolina por parte de su esposo.

El teléfono de la señora Eloísa repicaba incesantemente. El ruido de El Vigía no la dejó escuchar las llamadas perdidas de su hija Zaira, pero por fin contestó. Algo malo estaba pasando en la casa de Edwin y Carolina en La Palmita. Se escuchaban gritos y muchos golpes, pero de repente todo quedó en silencio. Zaira

no sabía qué hacer, por eso llamó a su madre. Eloísa corrió hasta la casa. Estaba al tanto del problema de su muchacho y quería evitar una desgracia, pero Armando Vieira, el padre de Carolina, llegó antes.

Jennifer dijo que se había caído desde una altura aproximada de tres metros cuando subió a revisar el tanque de la casa porque, según ella, no le estaba cayendo agua. Luego se acostó a dormir. No soportaba el dolor en la espalda, pero esa misma molestia la despertó y alertó a la familia. Inmediatamente llamaron a una ambulancia de los bomberos y la ingresaron a una clínica en el sector Buenos Aires de El Vigía.

Las lesiones eran peor de lo que se esperaba. Tenía dos costillas fracturadas, y una de ellas le perforó un pulmón. No podían dejarla en la clínica por falta de insumos y personal, por lo que la trasladaron inmediatamente al Hospital Universitario de Los Andes (Hula) en la misma ambulancia.

El señor Vieira condujo el carro de Eloísa hasta la Ciudad de Mérida. En el mismo iban Edwin y la mamá de Carolina, pero “El Inca” estaba muy nervioso, inquieto, desesperado. Le envió a su madre decenas de mensajes diciéndole que su suegro lo iba a matar. Sabía que la familia no se creería el cuento del tanque de agua. Eloísa en cada respuesta lo trataba de tranquilizar, asegurándole que Armando sería incapaz de hacerle daño, pero Edwin nunca se calmó. En un semáforo de la ciudad salió corriendo de carro diciendo que realizaría una llamada, pero no regresó y siguieron sin él hasta el hospital.

Los médicos se dieron cuenta de que la señora de Valero había sido maltratada físicamente por su esposo, y ella lo aceptó recién internada en el centro asistencial. Los especialistas decidieron denunciar al agresor e inmediatamente llamaron a la policía. Por su parte, la doctora Indira Briceño, molesta e indignada, escribió en su cuenta de Twitter lo siguiente: “boxeador Edwin Valero golpeó salvajemente a su esposa, ocasionándole neumotórax bilateral y múltiples hematomas. Médicos denunciaremos al mismo ante fiscales del Ministerio Público”.

Nadie sabía dónde se encontraba Edwin desde hace días. La última vez que lo vieron fue cuando salió desesperado del automóvil, pero de repente llegó al hospital exigiendo ver a su esposa con una actitud violenta que se intensificó cuando vio que una funcionaria del Cicpc estaba tomando las declaraciones de Jennifer.

– “¡Te sales del área de mi esposa! Ella no tiene nada que decirte. No tienes nada que hacer allí ¿No sabes quién soy yo? ¡Tú no eres nadie!” (Rosas, 2013, p.72), gritó Edwin enfadado a la funcionaria, quien trató de calmarlo, según testigos presentes. La doctora Briceño y la enfermera Omaira Zerpa le exigieron que se calmara porque estaba en un hospital, pero Valero también las insultó. Jennifer trató hacer lo mismo, calmar a su esposo, pero este se acercó a ella y con el dedo índice entre sus dos cejas le dijo una frase en japonés que nadie entendió. Todos los presentes se dieron cuenta que era una amenaza por la actitud del boxeador. La funcionaria solicitó refuerzos, quienes de inmediato se apersonaron al hospital. Esa fue la única manera de controlar a Edwin. Al momento de ser detenido no se le encontró ningún arma o alguna sustancia ilegal, pero se encontraba bajo los efectos del alcohol y la cocaína.

El 28 de marzo, el abogado Heriberto Antonio Peña, a cargo del tribunal de funciones de control N°6 de Mérida, aceptó la solicitud de la fiscalía del Ministerio Público y consideró que Edwin Valero Vivas había violado los artículos 40, 41 y 93 de la Ley Sobre el Derecho de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia, adscrito a los artículos 218 y 248 del Código Orgánico Procesal Penal, por lo que ordenó medida de aprehensión en situación de flagrancia contra el merideño.

El juez, igualmente, impuso medidas de protección contra Jennifer Carolina. Edwin no se le podía acercar, perseguirla o acosarla; no podía acercarse al hospital mientras su esposa estuviese recluida en el mismo. Además, pidió protección para las trabajadoras de la salud afectadas.

Todos conocían la adicción del pugilista al alcohol y a las drogas, por lo que el juez ordenó que Valero se internara en el Hospital San Juan de Dios en la misma ciudad para cumplir un ciclo de rehabilitación. Igualmente, debía asistir al Instituto Merideño de la Mujer para recibir charlas de orientación.

Edwin permaneció internado en el hospital hasta el 5 de abril. Luego fue trasladado a la Comandancia General de la Policía de Mérida, pero seis días antes de que esto sucediera Jennifer negó que su esposo la hubiese maltratado y enfurecida le reclamó a las fiscales las medidas que habían autorizado para protegerla de Edwin, alegando que no se sentía víctima de su marido.

Al salir del Hospital Universitario de Los Andes, lo primero que hizo fue visitar a su esposo en la comandancia de la policía. No hubo denuncias de la víctima, no hubo pruebas que inculparan a Valero, solo la denuncia de la doctora Briceño y la enfermera Zerpa por las agresiones verbales, así como por resistirse a la detención. Carolina lo negó todo, y no solo eso, apoyó a su esposo hasta el final, y esperó impacientemente en los pasillos la decisión del juez.

Edwin Valero quedó en libertad bajo fianza el 8 de abril de 2010. El juez solicitó que dos fiadores con reconocida solvencia moral cancelaran, cada uno, 80 unidades tributarias requeridas. Además, exigió al campeón mundial presentarse cada 90 días en el tribunal.

A las 3:20pm de ese 8 de abril, Valero salió de la comandancia con un jean azul, camisa blanca y saco marrón. Tenía el cabello largo y alborotado, como si no se hubiese peinado en muchos días. Iba apurado, arrastrando de la mano a su mujer, quien aún tenía las vendas que sostienen las agujas de las venas. Ella lo seguía con la cabeza baja. Ya no tenía su cabello largo como el río Chama. Las puntas le rozaban sus delgados hombros, más delgados que siempre.

Antes de subirse al carro de la policía que los estaba esperando para trasladarse hasta su casa, la pareja sonrió a las cámaras de los reporteros gráficos. Quedó demostrado que aún permanecían juntos y que así seguirían hasta el final, a pesar de los maltratos.

La abogada que defendió a Valero, Nilda Mora, afirmó a los medios de comunicación que su cliente viajaría a Cuba para rehabilitarse y seguir sus entrenamientos con Mario Morales. El gobernador del estado Vargas y gran amigo de Valero, el general Jorge Luis García Carneiro, se estaba encargando de todos los trámites para dicho viaje. Pero la familia no quería esperar más. Todos necesitaban desesperadamente que Edwin recibiera ayuda de inmediato porque presentían una tragedia.

Edwin tenía mucho tiempo comportándose de manera extraña y violenta. La tarde del 24 de septiembre de 2009 llegó furioso y borracho a la casa de su mamá. Le pidió a Luis que le devolviera un equipo reproductor que le había regalado. Todo esto, como consecuencia de los celos que le tenía por pensar que él lo engañaba

con su esposa. Luis le pedía que se calmara y lo dejara tranquilo, pero Edwin no entendía y con mucha rabia le partió el vidrio de la puerta del copiloto de su carro.

Desesperadas, Zaira y Eloísa quisieron intervenir, pero Edwin las insultó fuertemente. “Cállense, malditas ratas”, repetía una y otra vez el boxeador. Luis, al ver la actitud de su hermano, decidió llamar al 171 y pedir ayuda policial. Edwin se fue del sitio a bordo de una camioneta plateada en compañía de Segundo Lujano y su amigo Fernando Rojas, pero en el camino la policía les pidió que se detuvieran y lo acompañaran a la sede de la policía. Estaban al tanto de lo que había ocurrido en La Palmita.

Eloísa, Zaira y Luis hicieron la denuncia a las autoridades, y la jueza Sobeyda Mejías dejó en libertad bajo régimen de presentación a Edwin, por violar algunos delitos de la Ley Orgánica Sobre el Derecho de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia, así como la prohibición de perseguirlas, hostigarlas y amenazarlas.

La lista de delitos de Edwin era larga, muy larga. Unos menores, otros graves, pero delitos al fin. Siempre huía de la justicia merideña por la admiración que le tenían por ser uno de los boxeadores del momento, o por el miedo, miedo a ser ellos los castigados por enfrentarse a un amigo del gobierno nacional.

Edwin y su entrenador llegaron al Aeropuerto Internacional de Maiquetía. El criollo tendría una pelea en el exterior, pero por poco la pierde. En el sistema del aeropuerto aparecía solicitado por el asesinato de “El Negro” Ortiz. Inmediatamente, la policía llegó y lo esposó. El entrenador no sabía qué hacer. Le rogó a los oficiales que dejara ir al muchacho porque iba a representar a Venezuela en el exterior, pero no le hicieron caso. El técnico tenía una carta bajo la manga. Su hermano ocupaba un cargo muy alto dentro de la justicia venezolana y solo con una llamada resolvió el problema.

El boxeador salió del país y ganó la pelea, pero al regresar ocurrió lo mismo en el aeropuerto. El funcionario de alto rango, a cambio de una fuerte suma de dinero, borró el expediente del pugilista. Legalmente no había ningún delito en su historial, por el momento.

El amor que sentía por los carros y la velocidad hizo que tuviera decenas de accidentes de tránsito, en los que siempre salía ileso, pero en varias oportunidades

fueron otros los afectados. Luis cuenta que una mañana atropellaron a una señora en El Vigía. La dama iba cruzando la calle luego de bajarse de un autobús. Edwin trató de frenar rápidamente, pero el vehículo se coleó y el vidrio del copiloto impactó a la señora, quien sufrió fuertes lesiones. Al final, Valero se comprometió a ayudarla mensualmente si no presentaba cargos en su contra. En otra oportunidad, en Caracas, en la Av. Páez de El Paraíso, chocó el carro de la periodista deportivo Carolina Padrón luego de comerse una flecha. Ella molesta se iba a bajar de su vehículo a reclamarle al conductor abusador, pero al darse cuenta de que era Valero decidió no hacerlo. Ya no era la fama en el cuadrilátero la que lo acompañaba, si no su actitud violenta y poderosa.

Los días en la ciudad capital, luego de la pelea con Antonio De Marco, fueron un infierno para el matrimonio Valero Vivas. Estaban residenciados en un apartamento en Montalbán, propiedad de la empresa Boxtrac. Fue un préstamo por algunas semanas, mientras Edwin planeaba qué hacer próximamente en su carrera profesional.

En lo más alto del edificio se veía una cabellera negra ondear como una bandera. La brisa batía fuertemente, y en cualquier momento podía caer sin que nada la detuviera, solo el piso: era Jennifer. Los vecinos llamaron inmediatamente a los bomberos. Segundo Lujano llegó, y entre todos lograron calmarla. Ella, luego de que le pasara el sedante, admitió que no quería suicidarse, solo tomar aire puro y estar sola por unos minutos. Los problemas la agobiaban.

La señora Eloísa estaba nerviosa, como todos los días en los últimos meses. Su hijo y su nuera no le respondían las llamadas en Caracas, tampoco los representantes de Edwin, por lo que agarró las maletas y personalmente se fue a ver qué sucedía con sus muchachos. Al llegar, no podía creer lo que estaba viendo. Parecía que había pasado un huracán por el departamento. Botellas y latas de cerveza, recipientes de comida sucios, un olor nauseabundo. Se dio cuenta que la situación de Edwin era peor de lo que se imaginaba. Como buena madre y ama de casa, puso orden en el lugar, pero su hijo no quería entrar en razón.

Edwin le comentó que tenía poco tiempo consumiendo drogas y le prometió no hacerlo de nuevo. La pareja no salía del cuarto. Solo para comer y tomar algo. Estaban encerrados en un mundo oscuro, donde nadie podía entrar o mirar, solo

ellos. En una oportunidad, Jennifer le dijo a Eloísa que Edwin la obligaba a consumir drogas, y que necesitaba que la situación cambiara.

La madre, desesperada, se dio cuenta de que Caracas no era un buen sitio para su hijo y la familia. Quería que regresaran a La Palmita para estar cerca de los dos. Además, sospechaba que Duglexer González, mejor conocido como “Musampa” y encargado de la seguridad de Edwin, era quien le conseguía las sustancias ilícitas. Tiempo después, Valero lo despidió. Ya no confiaba en nadie y sospechaba que lo estaba robando.

Luego del intento de suicidio de Jennifer, ella y Edwin decidieron rehabilitarse en una clínica en Caracas. Los especialistas les recetaron pastillas e inyecciones, pero Edwin no realizó al pie de la letra el tratamiento, aún así decidieron regresar a La Palmita y la señora Eloísa se calmó un poco. Creyó que todo volvería ser como antes, pero solo dos días después de llegar a la fría montaña, surgió la historia de la golpiza, el tanque y las costillas rotas.

“Edwin tenía un vacío que nunca explicó. Nunca dijo lo que sentía. A lo mejor la esposa lo sabía, pero a nadie más le quiso decir. Intentó decírmelo en varias oportunidades, pero reaccionaba y cambiaba el tema”, comenta Luis con la mirada triste y viendo a su pequeño hijo. Y es que aún la familia no entiende por qué Edwin cambió radicalmente. Luis cree que la relación cercana que mantenía su hermano con el gobierno nacional pudo llevarlo al desenlace final, pues era intocable. Nadie era capaz de enfrentarlo. Tenía mucho poder y todos le temían.

Las mujeres, el punto más débil de Valero. A pesar de estar junto a Jennifer por tantos años y decir amarla hasta los huesos, no dudaba en mirar para los lados. Le fue infiel a su esposa en muchas oportunidades. Esa fue una de las razones para que ella intentara suicidarse cuando estaba en Caracas. No soportaba saber que su marido se fijara en otra mujer que no fuese ella, la madre de sus hijos.

Edwin tenía una misma respuesta cuando le preguntaban qué lo inspiraba o qué era lo más importante para él: su esposa y sus hijos. Quería tenerlos en una caja de cristal, donde nadie les hiciera daño, los viera, mucho menos a Jennifer.

El jean de Jennifer estaba desabotonado y su camisa marrón se encontraba arrumada más arriba del ombligo. Allí estaba, tirada en la alfombra marrón de la habitación 624 del Hotel Intercontinental de Valencia. Parecía dormida, como si estuviese inmersa en lo más profundo de un sueño, pero las heridas en su cuello indicaban otra cosa. Jennifer Carolina Vieira de Valero estaba muerta.

El 16 de abril de 2010, Edwin y su esposa salieron de Mérida hacia el estado Vargas. Después de mucho tiempo, tomaron la decisión de ir a Cuba a rehabilitarse, pero el camino tomó un rumbo distinto. Valero, desesperado, sintió que lo estaban siguiendo desde que salió de su estado natal y en Carabobo se detuvo en un punto de control de la Guardia Nacional Bolivariana. Le pidió a los funcionarios que lo ayudaran porque querían matarlo, y llamó a un amigo, sargento de la GNB, para que le prestara custodia militar hasta La Guaira, pero el superior le aconsejó que se quedara en Valencia esa noche, ya era tarde y conducir en el estado de nerviosismo que se encontraba era peligroso.

Edwin no quería quedarse en Valencia, pero era la opción más segura, y después de mucho insistir, su amigo lo convenció. La GNB lo escoltó hasta el hotel Intercontinental de Valencia, uno de los mejores del estado Carabobo. Junto a su esposa, pidió una habitación matrimonial y le exigió al personal que la revisara minuciosamente antes de entrar, pero él mismo lo hizo. Miró debajo de la cama, en el baño. Quería estar seguro de que el posible asesino no estaba en esa habitación, pero a pesar de no haber visto alguna amenaza, pidió en recepción otro dormitorio, uno en el que no hubiese tanto ruido. El personal hizo lo que pidió y les asignó una pieza en un lugar más alejado de los huéspedes.

No se escucharon golpes ni gritos. Al parecer, la noche transcurrió tranquilamente en la habitación 624, pero a las 5:30am, Edwin se acercó a la recepción solo e informó a los trabajadores que en la habitación estaba su esposa muerta. No estaba nervioso, ni con una actitud violenta, por eso, el personal no creyó la versión hasta que lo vieron con sus ojos. El campeón mundial lo admitió, había asesinado al amor de su vida.

La seguridad del hotel llamó inmediatamente a la policía del estado Carabobo y una comisión se hizo presente para arrestar al boxeador, acusado como el

presunto autor material del delito. Valero no opuso resistencia. Esperó tranquilamente a que llegaran las autoridades, quienes lo trasladarían a la sede de la policía regional.

Las manchas de sangre resaltaban en las sábanas y almohadas blancas de la cama matrimonial, pero Jennifer estaba tirada en el suelo con los pies cruzados muy cerca de la pared. Su cabeza ladeada al lado derecho dejaba ver las tres heridas de arma blanca que tenía en su cuello.

La alfombra beige absorbió gran parte de la sangre de Carolina, mientras que su cara, brazos y pecho también tenían el rojo de la lamentable escena. Cerca de su cuerpo encontraron latas y botellas vacías de cerveza y un recipiente de agua mineral. Había sábanas ensangrentadas debajo de un sillón pequeño, como si hubiesen querido esconderlas. Una toalla blanca en el baño recién lavada, pero aún con restos de sangre. Lo que nunca encontraron las autoridades fue el arma del crimen. Desapareció, se la tragó la tierra.

El cuerpo de Carolina fue trasladado a la morgue del estado Carabobo. Ahí le practicarían la autopsia de ley. Su familia estaba al tanto. Edwin llamó a la casa de sus suegros y en pocos segundos dijo: “Carolina está muerta. La mataron unos sicarios que nos estaban persiguiendo”, luego colgó el teléfono. La familia Viera Finol se trasladó al estado Carabobo apenas se enteró de la lamentable noticia, pero los parientes de Edwin no pudieron hacerlo. No había dinero para viajar desde Mérida hasta Carabobo, y tuvieron que esperar a la noche del 18 de abril para llegar a Valencia y saber qué fue lo que realmente sucedió.

Mientras Edwin estaba recluido en la Policía del estado Carabobo, habló con pocas personas, entre ellas el periodista del diario El Nacional, Javier Ignacio Mayorca, quien le realizó la última entrevista, su mánager Segundo Lujano y su amigo Francisco Rojas.

En la entrevista, Edwin afirmó que esa noche se quedó dormido al lado de su esposa luego de caer agobiado por el alcohol y la cocaína. Despertó lleno de sangre y con el cadáver de su mujer a un lado. Le contó a Mayorca que no supo lo que sucedió. Sin embargo, en la declaración que las autoridades le tomaron luego del crimen, Valero culpó a unos sicarios. Los mismos de los que él huyó antes de llegar

al hotel. Esa era su versión de los hechos, aunque se contradijo en varias oportunidades.

Segundo Lujano llegó a tiempo para hablar con Valero. A Edwin ya le había pasado el efecto de la droga. Estaba al tanto de lo que había ocurrido y se deprimió completamente. Lo primero que hizo fue preguntarle a Lujano si sus hijos ya se habían enterado de los hechos, y cuando recibió un sí como respuesta se desplomó por la tristeza y la rabia. Le exigió a su mánager recuperar 92 mil dólares en efectivo que había dejado en una de las maletas y que estaban en manos de un policía, quien le prometió cuidarla a cambio de una fuerte suma de dinero.

Edwin no quería ver a su familia. Se había distanciado de ellos meses antes de lo ocurrido. Sentía que lo estaban traicionando, y veía en Lujano la única luz que podía sacarlo de ese túnel oscuro, pero sus parientes no lo iban a abandonar y desde Mérida se trasladaron Domingo y Yineth Valero. Necesitaban hablar con Edwin, y ayudar a la familia de Jennifer con los trámites del cuerpo, pero otra noticia derrumbó a la familia: “El Inca” se suicidó en su celda a la 1:30am del lunes 19 de abril de 2010. Esa fue la última pelea del campeón mundial.

Lujano se fue a descansar a un hotel de la ciudad. Apagó su teléfono pasada la media noche, pero a las 3:00am despertó. No podía conciliar el sueño luego de lo que había sucedido. Recibió un mensaje de una mujer que lo había ayudado en la morgue para facilitar la entrega del cuerpo de Jennifer Carolina. “Señor Segundo, Valero se mató y el cuerpo viene en camino, ¿quiere que lo ayudemos en este caso?”, Lujano no podía creerlo. La tragedia era mayor de lo que pensaba.

Según las declaraciones del director del Cicpc para la época, Wilmer Flores Trosel, un recluso escuchó ruidos en el interior de la celda del boxeador y le avisó a las autoridades. Allí encontraron el cuerpo del dos veces campeón mundial.

Un jean azul oscuro colgaba de un muro dentro de la celda de aproximadamente 1.80cm. La parte de las piernas estaba amarrada con un nudo y colocadas en la media pared como soporte. La entrepierna quedaba colgando. Según las autoridades, de esa manera se ahorcó el merideño. Su cuerpo estaba completamente desnudo, excepto por unas medias grises que cubrían sus pies, y por los tres tatuajes que adornaban su cuerpo.

Lo tiraron en el piso de la celda mientras llegaban las autoridades. Tenía los ojos abiertos, como si estuviese mirando fijamente el techo del calabozo, y algo blanco se veía dentro de su boca semicerrada: una fotografía arrugada de su esposa e hijos. El cuerpo de Valero fue trasladado a la morgue del estado Carabobo a las 4:00am. Ese día, cuando su mujer llegaría a El Vigía para ser velada.

Yineth y Domingo llegaron a Valencia la mañana del 19 de abril. El cuerpo de “El Inca” ya estaba en la morgue, tendido en la cama de metal, desnudo, con la herida de la autopsia en el pecho. Su hermana, llena de valor, entró a verlo. Quería ver con sus ojos la realidad, pero el dolor se mezcló con la rabia. El hombre que terminaba de arreglar el cadáver de su hermano tenía el celular en la mano, dispuesto a tomar unas cuantas fotos del campeón mundial. Yineth le gritó, le pidió que saliera de la sala, pues quería estar a solas con su hermano.

El cabello de Edwin estaba perfectamente peinado, dividido en dos partes por el medio de su cabeza. Yineth se sorprendió. Ese no parecía su hermano. Inmediatamente, metió las manos entre su cabello y lo despeinó. Así era “El Inca” Valero, despeinado, con el pelo alborotado. Su hermana comenzó a revisar cada una de las partes del cuerpo de Edwin y encontró dos cosas que no le gustaron. Un golpe en la cabeza, en la región occipital y ninguna marca en el cuello. No había signo que le asegurara que su hermano se había suicidado. Desde ese momento comenzaron las dudas sobre la muerte del boxeador.

La señora Eloísa esperaba con una inmensa tristeza el cuerpo de su hijo en La Palmita. Ya estaban preparando todo para recibir a Edwin, pero la espera pareció eterna. No quería que su hijo estuviese tan lejos de casa, así ya no la mirara, ni le hablara, pero solo con tenerlo físicamente el dolor disminuía, por lo menos por algunas horas.

La familia de Domingo Valero, que vive en Valencia, quería que el cuerpo de Edwin lo velaran la noche de ese lunes en el estado de los hechos, así también lo quería su padre. Querían darle el último adiós al merideño con el que casi nunca compartieron, pero Yineth no aceptó. Su hermano debía estar en Mérida la mañana del martes. Su madre lo estaba esperando, ella, quien durante toda su vida luchó por su hijo.

El general Jorge Luis García Carneiro, gran amigo de “El Inca”, estaba gestionando en La Guaira los trámites para el viaje a Cuba del pugilista con su esposa, pero apenas se enteró de lo ocurrido, envió un emisario para ayudar a los Valero con el traslado del cuerpo a Mérida. El joven le pidió a Yineth que escogiera el mejor ataúd, el más caro, pues su jefe pidió que el campeón venezolano descansara en lo mejor.

La hermana no tenía cabeza para escoger una urna “de altura”, solo quería llevarse a su hermano a su tierra natal. El emisario compró el último ataúd que había llegado, el más grande y el de mejor madera, brillante y redondo, con una cruz tallada en la superficie, diferente a los demás. A las 12 de la media noche partieron a El Vigía en el carro fúnebre. El chofer iba a toda velocidad, y la urna con el cuerpo de Edwin bailaba en la parte trasera. Todas las esquinas de la caja de madera pegaban de las paredes del vehículo, y Yineth no aguantó más. Cada golpe le pegó en el corazón y le exigió al conductor que amarrara la urna. Así fue como “El Inca” llegó a la casa de su madre en La Palmita.

Mientras el país convulsionaba por muerte de Edwin Valero, la familia de Jennifer Carolina Viera lloraba cerca de su ataúd en la funeraria San Antonio en la misma ciudad. “Se me fue mi estrella”, gritaba desesperada Mary Finol, su madre, como si esperara una respuesta del cielo. Cerca de ella se encontraban los niños, Edwin con siete años y Rosy con cinco. La tristeza se reflejaba en su mirada. Su madre estaba encerrada en esa cajita de madera y ya habían escuchado que era por culpa de su padre.

El cementerio Jardines Cristo Rey de El Vigía sería el sitio donde descansaría para siempre aquella muchacha de 24 años de edad. Un sitio tranquilo, limpio y organizado a las afueras de la ciudad, muy diferente al viejo camposanto, en el cual no cabe un alma más. Los padres de Carolina querían algo especial y hermoso como ella, un lugar lleno de paz, la paz que no recibió los últimos días de su vida.

Los parientes se culpaban por la muerte de la niña de la familia. Repitieron en varias oportunidades que nunca debieron permitir la unión de Carolina y Edwin. Unión que desde el principio fue tormentosa para ellos y que terminó como crónica de una muerte anunciada. La mañana de ese 20 de abril de 2010, Jennifer Carolina Vieira de Valero se dejó ver por última vez a través del vidrio de la urna. Parecía

dormida, con la cara angelical que siempre tuvo, pero con un color más pálido que el que la caracterizaba. Ahí estarán sus restos por siempre, en el mismo cementerio donde estaría su marido horas después.

Luego de una hora y media, Eloísa Vivas se armó de valor y vio a su hombrecito en el costoso cajón de madera. Luchó para no tener que presenciar esa imagen, pero no pudo evitarlo, y allí estaba, frente al hijo que le había regalado tantas alegrías, pero el que en ese momento le partía el corazón en mil pedazos. Sabía que iban a ser las horas más largas de su vida.

El estacionamiento de la casa de Edwin Valero y su esposa en La Palmita fue habilitado para realizar el funeral del campeón venezolano. Un cristo abría los brazos en lo alto de la urna. Allí estuvo por varias horas, vigilado por sus familiares, quienes no permitieron ni una sola fotografía de Edwin dentro del féretro.

Había más gente que cuando lo recibieron con el cinturón de campeón mundial. Familiares, conocidos y muchos curiosos se acercaron a darle el último adiós al muchacho que creció entre ellos, en aquel pueblo alejado del bullicio, inadvertido hasta que era nombrado en las peleas de Valero. La familia contrató de nuevo servicios funerarios. El viaje, el calor y la gran cantidad de personas alrededor del ataúd de Edwin, permitieron que el cuerpo acelerara la descomposición, pero aún quedaba mucho por recorrer.

Luego de una pequeña misa en la iglesia de La Palmita, el cuerpo de Edwin fue llevado en hombros hasta su casa materna en Bolero Alto. Debía estar donde nació, se crio y dio sus primeros pasos. La casa que tanto quiso y que compró luego de tantos años sin vivir en ella. Estaba en las mismas condiciones, rodeada de tierra, piedras y plantas. Su cuerpo estuvo por allí por unos minutos, cerca de quienes convivieron con él en algún momento de su vida.

El gimnasio Morochito Rodríguez, hogar de Valero desde los 12 años, lo iba a recibir por última vez. No sería para pelear, para dormir o para entrenar. Esta vez sería para recibir un pequeño homenaje por parte de los fanáticos y las autoridades de la ciudad. Ahí estaban las mismas bancas que sirvieron de cama todas las noches, y el profesor Ortega, quien recordaba con el corazón destrozado que allí, en

el año 1993, le enseñó los primeros golpes al futuro campeón, orgullo de toda la ciudad.

En el recinto deportivo no había entrado jamás tanta gente como ese 21 de abril de 2010. En cada rincón se encontraba alguien que quería presenciar el último adiós a Edwin Valero. Otros incrédulos, quienes querían corroborar que fuese realmente el boxeador quien estaba dentro del ataúd. Ya se había corrido el rumor que Edwin había huido a Cuba, y que el cuerpo que estaba en la urna era un muñeco de cera.

Dos jovencitos, uno con uniforme y guantes rojos, otro vestido completamente de azul, se cayeron a puños al lado de los restos de Valero. Ambos, con lágrimas en los ojos, imitaban sus golpes. Era la mejor manera de recordarlo. Luego de la muestra del combate, el más pequeño se acercó al cajón y dejó sus guantes azules sobre su ídolo. Rompió el llanto, y con él el de su familia.

Eloísa tenía la mirada perdida, con los ojos hinchados de tanto llorar, pero sin ninguna lágrima. No dejaba de pensar. Pudo haber sido en su hijo y su esposa o en sus nietos. Yaurima estuvo a su lado en todo momento, fue su bastón. Domingo, Yineth, Zaira y Luis no se despegaban del féretro. Lloraban sin consolación. No dejaban de mirar al Cristo tallado en la madera, queriendo ver a través de la misma el rostro de Edwin, pero fue imposible.

A las 3:30pm salió el cortejo fúnebre hacia el cementerio Cristo Rey. En un jardín diferente al de su esposa reposarían los restos del merideño. Todo fue muy rápido y no hubo chance de conseguir una tumba con dos fosas. A la familia de Jennifer tampoco le gustaba la idea de sepultarlos juntos, y así fue.

Solo un día después del entierro de su madre, los niños de Edwin y Jennifer presenciaron como el cuerpo de su padre era cubierto por flores, tierra y cemento. Domingo Valero recogió el tricolor nacional que cubría a su hijo, y lo apretó fuerte con sus manos mientras sostenía a Rosy, quien curiosa miraba con asombro la caja de madera en lo profundo de la fosa. El pequeño Edwin tenía una mirada triste, y estaba junto a sus abuelas, Eloísa y Mary, quien dejó el dolor y la rabia por la muerte de su hija a un lado y acompañó a sus nietos a despedir a su padre. Así fue como entre llantos, gritos y lágrimas despidieron a Edwin Antonio Valero Vivas del mundo terrenal.

Todos los medios de comunicación querían saber la opinión de los familiares de “El Inca”. Existían muchas dudas sobre los últimos meses de su vida, y ahora, sobre su muerte. Muchos diarios del país, sobre todo de la región andina, llenaron sus páginas durante semanas sobre la tragedia que enlutaba a El Vigía y a toda Mérida con reportajes sobre el boxeador y entrevistas a los familiares. Hubo algo que sorprendió a los lectores, y fueron las declaraciones de Domingo Valero al periodista Jhonny González del diario Líder: “Edwin me dijo un día: ‘papá, yo digo todo eso porque me da más fama, así me ven como el niño que sufrió mucho’. Yo fui un buen padre, pregúntele a mis otros hijos”. Pero, Luis no afirma esa versión. Está seguro de que la ausencia de su padre fue una de las causas para que su hermano tuviese una vida difícil.

Las reacciones sobre la muerte del boxeador no se hicieron esperar, incluyendo la del presidente Chávez: "Quiero hablar desde la lágrima que me cruza el alma como un lanzazo, desde hace días, por Jennifer Carolina Viera y Edwin ‘El Inca’ Valero (...) Le faltó la esquina que pudimos haber sido nosotros mismos". Así lo manifestó el mandatario en su columna semanal Las líneas de Chávez (Univisión, 2010, para.7). El presidente prometió velar por el cuidado de los niños de la pareja, así como la Asociación Mundial de Boxeo (AMB) y el Consejo Mundial de Boxeo (CMB), pero esa ayuda nunca llegó.

Con tan solo siete y cinco años, dos niños no iban a recibir por las noches el abrazo y el beso de sus padres. No habría más viajes para ver a papi pelear y noquear, o más horas divertidas llenas de cosquillas al lado de mami. Comenzaba el calvario para Edwin Jr. y Rosy. Las dos familias querían la custodia de los pequeños, pero al poco tiempo de la tragedia “la Fiscalía Undécima del Ministerio Público con responsabilidad del Niño, Niña y el Adolescente de la Circunscripción del estado Mérida, Extensión El Vigía, le concedió definitivamente la guarda y custodia a los padres de Jennifer Carolina Vieira”. (Osorio, 2010, para.10)

Los fines de semana, los niños podían estar con la familia de su padre, y así fue por casi cuatro años. Los sábados y domingos iban desde El Vigía hacia La Palmita, pero la situación cada vez se hacía más difícil. Llegaba el día de ir de nuevo a la casa de la abuela Mary y el llanto no cesaba. Rosy se colgaba del cuello de Eloísa y le pedía que no la abandonara porque quería estar con ella todos los días.

Así como con su tía Zaira, con quien desde el primer día de la tragedia creó una unión especial. “Yoshy -sobrenombre de Zaira- ahora que mi mamá se murió tu eres mi nueva mamá”. Esas fueron las palabras de la niña de cinco años cuando vio que su madre no regresaría jamás.

A los Valero se les partía el corazón cada vez que dejaban a los niños en casa de los Vieira, pero sabían que así lo dictaba la ley y no podían violarla, o podría ser peor. Pero los niños crecieron, sobretodo Edwin, quien con casi 12 años en el 2013, tomó la decisión de vivir con su abuela paterna y, tomando de la mano a su hermanita, fue a hablar directamente con la jueza que lleva el caso, y le exigió que le diera la custodia a la señora Eloísa.

Actualmente, los niños viven en el hogar de Eloísa Vivas, al lado de la casa de sus padres, la cual está sola y no pueden disfrutar porque aún la fiscalía no ha nombrado al albacea que maneje los bienes que dejó el matrimonio Valero Vieira. No solo es la casa de La Palmita. También está la casa de Mérida, la de Bolero Alto, los vehículos, La Rondalla, las cuentas bancarias, y todo lo que Edwin manejaba en vida. Cuatro años no han sido suficientes para que la justicia venezolana le otorgue a los niños de “El Inca” y Jennifer Carolina lo que por ley les corresponde.

Desde el año 2010, la familia Valero ha solicitado a las autoridades el permiso para manejar los bienes de Edwin, pero aún no hay una respuesta. La señora Eloísa viajó hace meses a Caracas para saber el paradero de un carro de su hijo que la fiscalía recuperó. Días antes de morir, “El Inca” dejó a cargo de Segundo Lujano dos vehículos de su propiedad: una camioneta y un deportivo. Luego de la muerte, Segundo alegó que Valero le debía plata y se apoderó de los dos carros, pero la Fiscalía pudo recuperar el deportivo. La camioneta desapareció. Nunca más la volvieron a ver, y meses después de la muerte de Edwin, Lujano falleció en un accidente de tránsito en el estado Nueva Esparta. El paradero de ese vehículo era lo que quería saber la señora Eloísa, y tanto insistió que lo averiguó. Está en un estacionamiento en Guatire, ciudad del estado Miranda.

Pero, lo que no deja descansar a la señora Eloísa es la maleta con 92mil dólares que su hijo llevaba el día del viaje. “Yo misma acomodé las maletas que Edwin se iba a llevar a Cuba. Armé cinco bolsos, aproximadamente, entre esos el

del dinero y él lo escondió en un lugar que solo él conocía”, afirma segura e indignada la madre del boxeador.

Eloísa recuerda que cuando tomaron la decisión de viajar, Edwin solo se llevó una maleta rosada, en la que metió la ropa necesaria y otra maleta marrón en la que estaban los dólares. En las fotos que tomó en Cicpc en la escena del crimen de Jennifer Carolina aparece una maleta marrón, con las características que describe la señora Vivas. Ella, y toda la familia están seguros que esa maleta quedó en manos de los policías o de alguien que sabía desde antes del crimen que Edwin tenía esa cantidad de dinero.

Horas antes de salir del estado Mérida, Edwin fue al pueblo de Tovar a comprar el vehículo con el que viajaría. Un Toyota Land Cruiser azul, tipo Machito, placas IAP900. “El Inca” dio como parte de pago un Toyota Camry, un cheque por 60 mil bolívares y el resto en dólares en efectivo. La señora Eloísa afirma que el hombre con quien su hijo hizo el negocio seguramente vio la maleta con el dinero, y no duda en que ellos pudieron ser los que estuvieron siguiendo al boxeador hasta Valencia, con la finalidad de robarlo.

Después de que el país entero supo la muerte del boxeador y su esposa, el hombre a quien Edwin le compró el vehículo viajó a Valencia y recuperó la camioneta que aún estaba a su nombre. Le devolvió a la mamá del noqueador el Toyota Camry, pero el dinero nunca apareció. Años después, la policía desmanteló ese negocio en Tovar por descubrir movimientos ilegales.

La familia explica muchas razones por las que cree que Edwin no se suicidó, sino que lo asesinaron. La maleta con los dólares nunca apareció. En la Fiscalía le cuelgan el teléfono a la señora Eloísa cuando pregunta por la misma. No hubo una marca significativa en el cuello de Valero que indicara la lesión por asfixia mecánica. Edwin entró a la cárcel con ropa de hacer ejercicios: pantalón deportivo negro, camiseta negra con algunas rayas rojas, y una gorra roja con rayitas naranjas, pero, aparentemente, usó un jean para suicidarse.

Segundo Lujano y Francisco Rojas, únicos conocidos que hablaron con Edwin en la Comandancia General del estado Carabobo antes de su muerte, aseguraron no haberle llevado ropa o comida al pugilista. Nadie sabe cómo llegó la prenda de ropa al calabozo. El 19 de abril de 2010, el Cicpc ordenó investigar a la Policía de

Carabobo por las condiciones del arresto del boxeador y por la desaparición de la maleta con el dinero.

Las dudas carcomían la mente de los Valero todas las noches. No había tiempo para dormir, solo para atar cabos y buscar la manera de encontrar una respuesta. Sabían que Edwin le tenía pavor a la muerte y eso acentuaba más sus dudas. Tomaron una decisión, y solo un mes después del entierro del boxeador, solicitaron una exhumación.

Dos toldos blancos fueron colocados encima de la tumba de Edwin Valero. Para evitar ojos curiosos y lentes de la prensa, realizaron improvisadamente paredes con bolsas negras. Solo los presentes podrían ver la exhumación del cuerpo de “El Inca”. A las 9:00am del 13 de mayo de 2010, al cementerio Cristo Rey comenzaron a llegar funcionarios de la GNB y de la Policía de Mérida. Más tarde “comisiones forenses de la Policía Científica, miembros del Tribunal 4 de Control de Mérida, Fiscalías 66 nacional y 7 del estado Mérida, se hicieron presentes para proceder a la experticia forense”. (Mejías, 2010, para.18)

Pasadas las 10 de la mañana, llegó el laboratorio móvil con la cava refrigerada donde se realizaría el trabajo solicitado. Estuvieron presentes los patólogos de la Policía Científica de las subdelegaciones de El Vigía y la ciudad de Mérida, Rosalba Florido y Wenceslao Parra. Por la División de Investigaciones Penales del Ministerio Público de Caracas, hicieron presencia los expertos forenses Sergio Penot y Boris Boccio.

Familiares de Edwin también estuvieron presentes, entre ellos, la señora Eloísa, quien recuerda con un poco de molestia los rumores que empezaron a correr por la exhumación de los restos de Edwin. En toda la ciudad, y en gran parte del país, las personas decían que los santeros que trabajaban para el presidente Chávez debían quitar el tatuaje que “El Inca” tenía en el pecho porque espiritualmente traería consecuencias negativas para el mandatario.

A la 1:00pm, ya los expertos estaban realizando las labores pertinentes. Algunas muestras fueron trasladadas a la medicatura forense del estado Mérida y otras a Caracas para ser revisadas a fondo. Dieron 15 días para entregar los resultados, pero no fue hasta los primeros meses del 2014 cuando la familia se enteró de lo sucedido.

La familia Valero asegura que los resultados de la exhumación realizada en mayo de 2010 era lo que esperaban. “A mi hermano le dieron una droga que le explotó los pulmones. A él lo mataron. No se suicidó, y los resultados lo confirman”, admite Luis, seguro, molesto e indignado. “En este momento -marzo 2014- el país está convulsionado por las protestas y este resultado sería un bomba para el gobierno”. Lo dice por la relación cercana que mantenía su hermano con el presidente Chávez.

Los Valero están esperando el momento indicado para publicar la noticia. Están seguros que actualmente quedaría en un segundo plano por la situación que atraviesa Venezuela. También esperan, como algunos fanáticos, que “El Inca” sea exaltado al Salón de la Fama de Boxeo.

Lamentos, lamentos y más lamentos. Los parientes de Edwin lamentan que por su orgullo no haya recibido ayuda a tiempo por parte de las autoridades, por tenerle miedo por ser amigo de Chávez, o por ser el boxeador venezolano más influyente y talentoso del momento. Tampoco creen capaz a Edwin de haber asesinado a su esposa. “Él era tan violento cuando se drogaba que estoy seguro que si la hubiese matado, la habría picado en pedacitos”, razona Luis, sin inmutarse. Además, asegura que mientras no consigan el arma homicida y los videos del hotel Intercontinental de Valencia que filmaron las puertas de la habitación donde la pareja se encontraba, no van a creer que el hecho fue como lo cuentan las autoridades.

Ramón Cotúa, primer apoderado de Edwin, sostiene cuatro versiones sobre la muerte del merideño. La primera: lo mató la policía por los 92 mil dólares. La segunda: lo mandó a matar Armando Vieira, padre de Jennifer, luego de enterarse de la muerte de su hija. La tercera: lo mandó a matar el gobierno nacional por la “mala fama” que iba a generar Edwin dentro del chavismo. La cuarta: el suicidio. Pero, como casi todos los conocidos de “El Inca”, está casi seguro que el muchacho no se quitó la vida.

Cuando los niños preguntan por sus padres, la familia les cuenta anécdotas felices. Buenos momentos que vivieron junto a todos los seres queridos. Para los niños, su padre no mató a su madre, ni se suicidó. Ellos creen lo que la familia asegura: que a ambos los asesinaron personas desconocidas.

Era un sábado de marzo del año 2014 y en el cementerio Cristo Rey el intenso calor agobiaba las pocas flores que adornaban las tumbas, pero, como a 50 metros del estacionamiento, un puño de calas rosadas llama la atención entre las demás. Grandes, brillantes y frescas. Allí estaban acompañado a los restos del dos veces campeón mundial, Edwin Valero. La persona que las colocó tuvo que pedir prestado al difunto de al lado el envase de granito donde van sus flores, porque el de Edwin algún amigo de lo ajeno se lo llevó, así como se llevaron la foto del boxeador que identificaba la tumba. Parece que alguien quiere tener un recuerdo del merideño, pero desvalijando su lugar de descanso.

A 100 metros, aproximadamente, en el otro jardín del camposanto, se puede observar cuál es el lugar de Jennifer Carolina. También se mueven las calas rosadas sobre la superficie. Es la única manera de mantener los cuerpos unidos. Su identificación dice J. Carolina Vieira Finol, más las fechas de su nacimiento y muerte. No aparece por ningún lado el apellido de casada. Así lo quiso su familia.

En ese lugar descansan dos personas, quienes en vida estuvieron llenas de errores y aciertos, de cosas buenas y malas, de éxitos y fracasos. Ahí culmina la historia de dos jovencitos enamorados quienes recorrieron un camino lleno de golpes, espinas, triunfos y dinero. De una tragedia que aún está llena de dudas, pero tragedia al fin.

Edwin Antonio Valero Vivas dejó un sabor amargo en la boca de los venezolanos y de muchos fanáticos del boxeo mundial. Ha sido uno de los mejores boxeadores de los últimos tiempos, con un record mundial incluido, una pegada poderosa y un talento innegable, pero una vida personal llena de caídas, y en las que pocas veces se pudo levantar.

En Bolero Alto y La Palmita el alma de un niño pecoso recorre las callecitas con su bicicleta. En el gimnasio Morochito Rodríguez, el espíritu de un jovencito delgado golpea los sacos de boxeo con toda la fuerza de su interior, mientras la esencia de una linda jovencita de cabello largo y negro modela como Miss Venezuela en las aceras de El Vigía.

“Independientemente de lo que haya ocurrido el día de su muerte, a Valero lo mató la vida. La vida revuelta que le tocó vivir desde pequeño. La vida de las drogas. Esa de la que nunca pudo salir”, comenta con lágrimas en los ojos, Oscar Ortega, el hombre que lo vio nacer de nuevo, dentro de un cuadrilátero.

BIBLIOGRAFÍA

Libros

Arias, F. (1999). *El proyecto de investigación. Guía para su elaboración* (Tercera edición). Caracas: Episteme.

Benavides, J. y Quintero, C. (1997). *Escribir en Prensa* (Primera edición). México: Ediciones Alambra Mexicana S.A.

Benavides, J. y Quintero, C. (2004). *Escribir en Prensa* (Segunda edición). Madrid, España: Pearson Educación.

Cantavella, J. (1996). *Manual de la entrevista periodística*. Barcelona, España: Ariel Comunicaciones.

Manual del Tesista de la Universidad Católica Andrés Bello. (2003). Caracas: *Universidad Católica Andrés Bello*.

Reyes, G. (1999). *Periodismo de investigación*. México: Trillas.

Ronderos, M. et al (2002). *Cómo hacer periodismo*. Bogotá, Colombia: Aguilar.

Rosas, A. (2013). *El último combate. La tragedia del "Inca" Valero*. Caracas, Venezuela: Melvin C.A.

Artículos en periódicos

González, J. (2010, Abril 21). Mi hermano tenía miedo. *Líder*, p. 13.

Ortegana, M. (2006, Agosto 08). Valero: Siempre supe que iba a ser el campeón del mundo. *Frontera*, p.11.

Sierra, V. (2012, Abril 22). El "Inca" fue enterrado por su pueblo. *Meridiano*, p.10.

Zambrano, C. (2010, Abril 23). Edwin estaba paranoico. *Líder*, p. 9.

Zapata, P. (2010, Abril 23). Oscar Ortega: "Estoy dolido y molesto por el informe psiquiátrico de Edwin Valero". *Pico Bolívar*, p. 6.

Fuentes electrónicas

Mayorca, J. (2010, Abril 19). *El tormento del Inca Valero*. Consultado el 23 de abril de 2014. Disponible: <http://www.noticias24.com/actualidad/noticia/151725/el-tormento-del-inca-valero-me-acoste-con-ella-y-cuando-me-levante-mi-esposa-ya-estaba-muerta/>

Mejías, A. (2010, Mayo 14). *Ayer exhumaron a Edwin "Inca" Valero en El Vigía*. Consultado el 23 de abril de 2014. Disponible: <http://www.correodelorinoco.gob.ve/judiciales-seguridad/ayer-exhumaron-a-edwin-inca-valero-vigia/>

Osorio, G. (2010, Abril 2010). *Hijos del "Inca" Valero y su esposa quedarán con la familia materna*. Consultado el 24 de abril de 2014. Disponible: <http://diariodelosandes.com/content/view/115946/105694/>

Rojas, H. (2009, Noviembre 2009). *Edwin Valero, el rey del ko, participa exitosamente en maratón*. Consultado el 20 de abril de 2014. Disponible: <http://boxeohoy.blogspot.com/2009/12/edwin-valero-el-rey-del-ko-participa.html>

S.A. (2010, Abril 21). *En fotos: El último adiós al 'Inca' Valero en su funeral en El Vigía*. Consultado el 03 de mayo de 2014. Disponible: <http://www.noticias24.com/actualidad/noticia/152072/en-fotos-el-ultimo-adios-al-inca-valero-en-su-funeral-en-el-vigia/>

S.A. (2010, Abril 25) *Edwin Valero 'no pudo convertirse en vencedor de sí mismo': Hugo Chávez*. Consultado el 20 de abril de 2014. Disponible: <http://deportes.univision.com/boxeo/noticias/article/2010-04-25/edwin-valero-no-pudo-convertirse>

Vester, M. (2008, Marzo 30). *Brunson breaks Valero's record, Marquez wins*. Consultado el 01 de abril de 2014. Disponible: <http://www.boxingscene.com/brunson-breaks-valeros-record-marquez-wins--13297>

Estadísticas de Edwin Valero. [Boxrec.com]. Consultado durante toda la realización de la semblanza. Disponible: http://boxrec.com/list_bouts.php?human_id=122183&cat=boxer

Videografía

Combate entre Edwin Valero y Antonio Demarco. [Youtube.com]. Consultado el 10 de abril de 2014. Disponible: <https://www.youtube.com/watch?v=jrZk0YFNqJU>

Combate entre Edwin Valero y Antonio Pitalúa. [Youtube.com]. Consultado el 10 de abril de 2014. Disponible: <https://www.youtube.com/watch?v=j6rqR2P94TM>

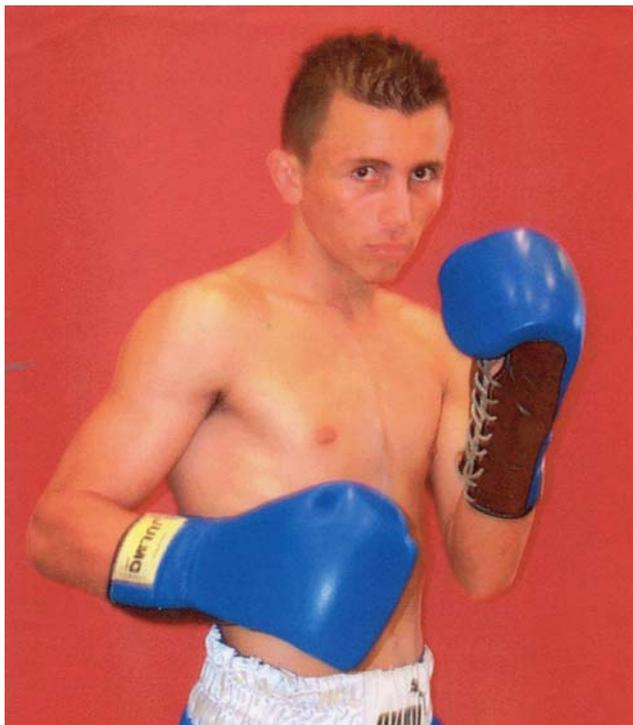
Combate entre Edwin Valero y Héctor Velásquez. [Youtube.com]. Consultado el 11 de abril de 2014. Disponible: <https://www.youtube.com/watch?v=XSi7t-vpsA0>

Combate entre Edwin Valero y Vicente Mosquera [Youtube.com]. Consultado el 11 de abril de 2014. Disponible: <https://www.youtube.com/watch?v=m3tnV8eTN3A>

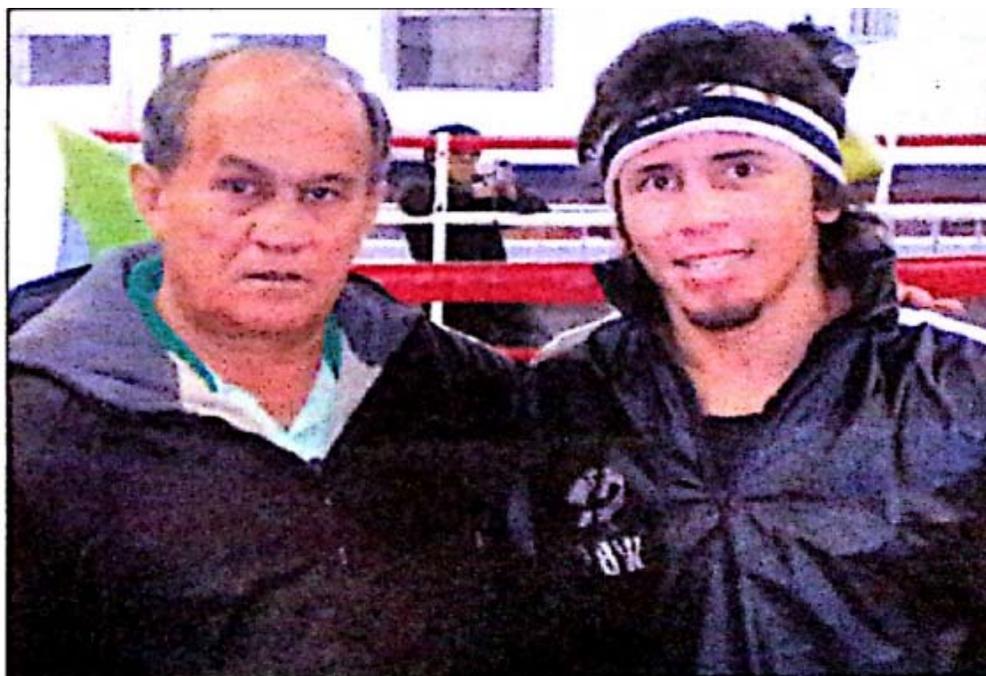
Entrevista a Edwin Valero sobre Antonio Pitalúa. [Youtube.com]. Consultado el 10 de abril de 2014. Disponible: https://www.youtube.com/watch?v=fZTvM_VsUCU

Entrevista a Edwin Valero sobre Oscar de La Hoya. [Youtube.com]. Consultado el 05 de abril de 2014. Disponible: <https://www.youtube.com/watch?v=bw2XDeGatJ4>

ANEXOS



Edwin Valero en sus inicios
(Cortesía: Ramón Cotúa)



Edwin Valero y su primer entrenador, Oscar Ortega (Cortesía: Oscar Ortega)



MINISTERIO
DE EDUCACIÓN
CULTURA
Y DEPORTES
DESPACHO DEL VICEMINISTRO DEL DEPORTE
INSTITUTO NACIONAL DE DEPORTES

Nº *CT-0-565/2003*

Caracas, 28 de octubre de 2003

Ciudadano
Dr. RAMÓN COTUA VERA
Presente.-

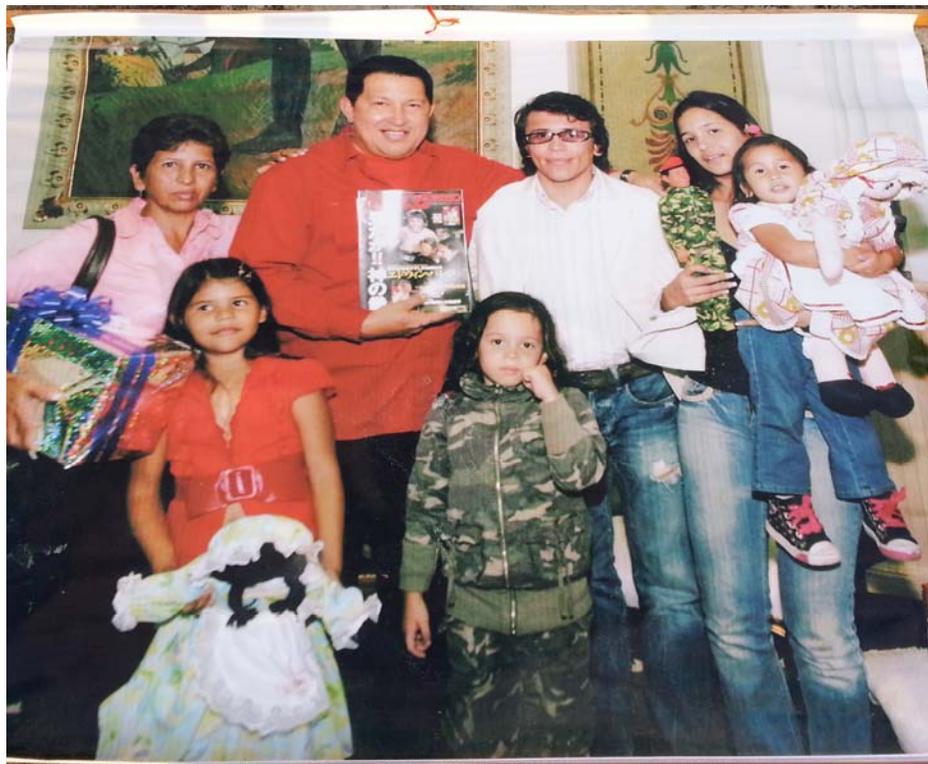
*Me dirijo a usted, en atención a comunicación s/n de fecha 02 de octubre de 2003, en la cual solicita pronunciamiento sobre la petición que realizó ante la Comisión de Boxeo, para que certifique que en los registros de esa Comisión reposa documento debidamente notariado relativo a su cualidad de legítimo apoderado del Boxeador **EDWIN VALERO**.*

Sobre el particular se observa:

*De acuerdo con la solicitud formulada por el administrado, su pretensión es que este Despacho "certifique de forma expresa y determinante que los únicos representantes legales del Boxeador **EDWIN VALERO**, son conforme al documento autenticado por ante la Notaría Pública Décima Quinta del Municipio Libertador en fecha 25 de julio de 2002, bajo el Nº 90, Tomo 46 de los libros de autenticaciones llevados por dicha Notaría, los ciudadanos **RAMÓN ESTEBAN COTUA VERA** y **RAFAEL SEGUNDO LUJANO...**", asimismo, "...que no se le de valor alguno, ni sea reconocido por esta Instancia el documento privado presentado en forma única por el último de los prenombrados..."*

CONSULTORÍA JURÍDICA

**Contrato de Edwin Valero con Ramón Cotúa y Segundo Lujano (Cortesía:
Ramón Cotúa)**



Edwin Valero recibe la Orden del Libertador en su Tercera Clase (Cortesía de Eloísa Vivas)



Matrimonio de Edwin Valero y Jennifer Vieira (Cortesía: Eloísa Vivas)



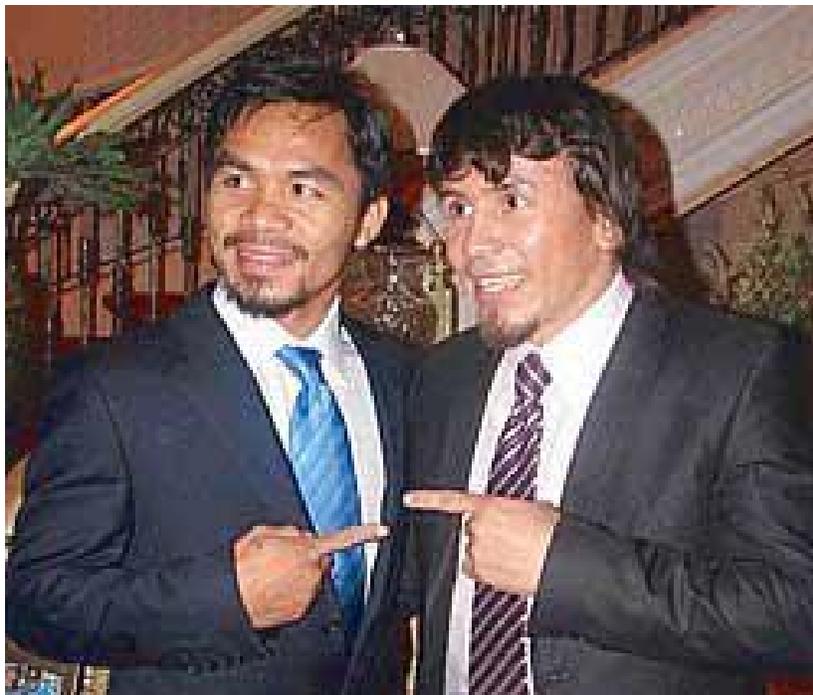
Pasaporte de Edwin Valero (Cortesía: Ramón Cotúa)



Edwin Valero y Oscar De La Hoya (Cortesía: Ramón Cotúa)



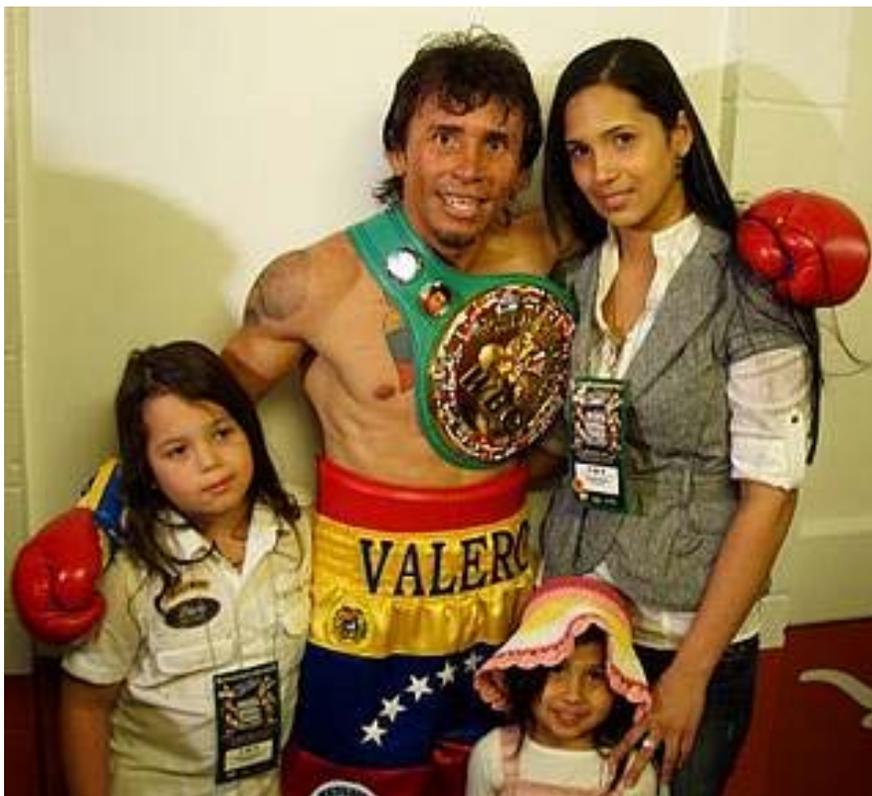
Combate entre Edwin Valero y Antonio Demarco (Créditos: AFP)



El boxeador Filipino, Manny Pacquiao y Edwin Valero (Cortesía: Ramón Cotúa)



**Edwin Valero campeón superpluma de la Asociación Mundial de Boxeo.
(Créditos: informador.com.mx)**



**Edwin Valero y su familia luego de coronarse campeón mundial en la categoría
peso ligero del Consejo Mundial de Boxeo. (Créditos: deporteshoy.com)**



Portadas de los diarios deportivos Líder y Meridiano tras el asesinato de Jennifer Vieira. (Créditos: tintadeportiva.com)



Portadas de los diarios deportivos Líder y Meridiano tras la muerte de Edwin "El Inca" Valero. (Créditos: tintadeportiva.com)



Tumba de Edwin “El Inca” Valero en el cementerio Jardines Cristo Rey en la ciudad de El Vigía, estado Mérida.

Caracas: 29/04/14

VALIDACIÓN DE INSTRUMENTO

Yo, Vanessa Peña Rojas, portador (a) de la cédula de identidad n° 15759537, por medio de la presente hago constar que después de analizar el instrumento de investigación para el Trabajo de Grado titulado "**A VALERO LO MATÓ LA VIDA**", realizado por la estudiante de décimo semestre de Comunicación Social: **Rosángel Quiroz Barrios**, doy por validado dicho instrumento siendo considerado pertinente para obtener los datos requeridos por la investigación.

Vanessa Peña
C.I: 15759537

Considerandolo válido para su aplicación.

Caracas; _____

VALIDACIÓN DE INSTRUMENTO

Yo, Pablo Ramirez, portador (a) de la cédula de identidad n° 3.820.065, por medio de la presente hago constar que después de analizar el instrumento de investigación para el Trabajo de Grado titulado "**A VALERO LO MATÓ LA VIDA**", realizado por la estudiante de décimo semestre de Comunicación Social: Rosángel Quiroz Barrios, lo doy por validado siendo considerado pertinente para obtener los datos requeridos por la investigación.



Firma

C.I. 3.820.065

Considerándolo válido para su aplicación.

Caracas: 30/04/2014

VALIDACIÓN DE INSTRUMENTO

Yo, Rosa Ha Bahamonde, portador (a) de la cédula de identidad n° 6249455, por medio de la presente hago constar que después de analizar el instrumento de investigación para el Trabajo de Grado titulado "A VALERO LO MATÓ LA VIDA", realizado por la estudiante de décimo semestre de Comunicación Social: Rosángel Quiroz Barrios, lo doy por validado siendo considerado pertinente para obtener los datos requeridos por la investigación.


Firma
C.I. 6249455

Considerándolo válido para su aplicación.